



**ROSA
NAVARRO DURÁN**

**EL GRAN LIBRO
DE LA
MITOLOGÍA**

**ILUSTRADO POR
JULIO FUENTES**



montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleerkids



@megustaleerkids



@megustaleerkids

Penguin
Random House
Grupo Editorial

LOS MITOS

Primero fueron religión, luego se convirtieron en cultura. Los griegos y los romanos creyeron en los dioses del Olimpo: los compartieron, pero con nombres distintos. El griego Zeus, el padre de los dioses, se llamó Júpiter entre los romanos; Hera, su hermana y esposa, es Juno; Hermes, el dios del comercio, es Mercurio, y su símbolo es el caduceo; Afrodita es Venus, y su hijo, Eros o Cupido, pero las funciones que tienen son las mismas.

Los griegos y los romanos no creían en un solo dios, sino en muchos; de tal forma que uno podía perseguirte y otro protegerte, porque a los dioses les sucedía como a los humanos, que pocas veces estaban de acuerdo; bien es cierto que lo que uno hacía otro no podía deshacerlo, y si alguno de ellos juraba por la laguna Estigia, no podía volverse atrás y forzosamente tenía que cumplir su promesa.

Dos ejemplos paradigmáticos de las contradicciones divinas los tenemos en la guerra de Troya. En esa contienda, la diosa del amor, es decir, Afrodita, el dios de la guerra, Ares o Marte, y los hermanos flechadores, Apolo y Diana o Artemisa —que a su vez representan al Sol y la Luna—, estaban a favor de los troyanos; pero Hera y Palas Atenea, también conocida como Minerva, apoyaron a los griegos. Zeus, por su parte, que es quien a la postre decide, quiso atender los ruegos de Tetis, una diosa marina que lo había ayudado en un momento de peligro y que resultó ser la madre del griego Aquiles, que fue quien llevó con inteligentísima estrategia la suerte de la lucha. Tampoco hay que olvidar a Ulises u Odiseo y ver cómo el dios del mar, Poseidón o Neptuno, fue a por él, a pesar de que Ulises siempre tiene a su lado a la protectora de su gran talento, la diosa de la sabiduría, Palas Atenea.

Esas fábulas están muy presentes en nuestras vidas porque los dioses se han reencarnado en creaciones artísticas, asoman en la música, en las artes plásticas, en la literatura, y actúan además como continuos referentes en la cultura occidental. Si no sabemos el mito de Dafne,

no entendemos por qué los ganadores de algunas carreras reciben como premio una corona de laurel, y si ignoramos quién fue Dédalo, no podemos saber por qué se llama así a un laberinto. Son palabras de nuestro día a día, imágenes bellísimas exhibidas en los museos, pero también una imaginativa manera de reflexionar sobre la realidad y de dar nombre a comportamientos: si somos unos narcisos, ya sabemos en qué consiste y cómo empezó todo, y a la vez el eco de las montañas cobra vida si conocemos ese mito. ¿Por qué nos sentimos a veces como Tántalo y a menudo como Sísifo? Si leemos la historia de Perseo y Andrómeda, veremos ahí el comienzo de otra fábula, la de san Jorge, la princesa y el dragón. Escuchar el lamento de Ariadna en la música de Monteverdi nos conmueve hondamente, pero mucho más si sabemos quién es ella y por qué llora. ¿Por qué se llama Vía Láctea a ese camino de estrellas que nos asombra en una noche de cielo diáfano? No se puede ignorar la gran historia de amor de Orfeo y Eurídice, ¡él casi consiguió sacarla del Hades con el poder de su maravillosa música! La de Píramo y Tisbe emociona muchísimo y además entendemos así por qué las moras tienen ese color de sangre.

Los mitos clásicos fueron religión y hoy son parte esencial de nuestra cultura occidental: historias apasionantes, llenas de originalidad y belleza.

APOLO Y DAFNE

Apolo es el Sol, hijo de Júpiter y de Latona. Nació después de su hermana gemela, Diana, la Luna, que ayudó a su madre a dar a luz. Ambos son dioses flechadores. Las flechas de Apolo son de oro, y las de Diana, de plata.

Apolo mató a la gigantesca serpiente Pitón, que llenaba de veneno y de terror la tierra: fue su primera gran hazaña.

El dios acababa de matar a la serpiente cuando vio al hijo de Venus, el niño alado Cupido, que estaba a punto de disparar una flecha. Apolo se burló de él: «¿Por qué manejas, niño, las armas de los valientes? Enciende con tu antorcha pasiones amorosas y no pretendas la gloria que solo a mí me toca». Y Cupido, furioso, le contestó: «Aunque tus flechas lo atraviesen todo, la mía te va a atravesar a ti». Y volando se fue a la cima del monte Parnaso.

Allí sacó de su aljaba una flecha de plomo, que hacía huir del amor, y otra de oro, que lo provocaba. Disparó el dardo de oro a Apolo mientras estaba mirando a una hermosa ninfa, Dafne, hija del río Peneo. A ella le acertó de lleno con la flecha de plomo, sin punta. Al momento, el dios se enamoró de la hermosa muchacha, y ella huyó más veloz que la brisa.

Con el corazón de Apolo ardiendo de amor, Apolo le dijo a la ninfa: «Detente, Dafne, no soy un enemigo que te persigue, es el amor el que me guía. No soy un pastor, sino un poderoso dios: ilumino la tierra. Gracias a mí, el oráculo revela lo que pasará; gracias a mí, suena la música armoniosa. He inventado la medicina y domino el poder de las hierbas, pero, ¡ay!, ellas no pueden curar el amor que por ti siento».

Apolo corrió tras ella, que se escapaba, y cuando estaba a punto de alcanzarla, ella sentía el aliento del dios en sus cabellos. Entonces miró las aguas del río Peneo y le rogó: «Socórreme, padre. Cambia esta figura mía porque ha gustado demasiado».



Acababa de formular el deseo cuando una pesada torpeza se apoderó de su cuerpo. Una suave corteza la envolvió, sus cabellos se transformaron en hojas, sus brazos en ramas, sus pies se fijaron en el suelo en forma de raíces. Dafne era ya un hermoso árbol: un laurel.



Aun así, Apolo la siguió amando, apoyó la mano en el tronco y notó aún cómo temblaba el pecho de la muchacha debajo de la corteza. Besó la madera y dijo: «Dafne, como no puedes ser ya mi esposa, vas a ser mi árbol. Mi cabello, mi cítara, mi aljaba llevarán tus hojas, y los triunfadores en los juegos en mi honor se coronarán con ellas. Y del mismo modo que mi cabellera es eterna, serán tus hojas también perennes».

Al oírlo, el laurel agitó su copa y dijo que sí con sus ramas recién estrenadas.





GANIMEDES

Ganimedes era un joven troyano tan hermoso que se decía que era el más bello de los mortales. Guardaba los rebaños de su padre, de la familia real de Troya, en las montañas que rodean la ciudad. Ganimedes también era un excelente cazador.

Un día que andaba cazando por el monte Ida, lo vio el dios de dioses, Júpiter. Le pareció tan bello y le gustó tanto que decidió raptarlo. Porque nada hay que los dioses quieran y no puedan tener. Para poder llevárselo, Júpiter se metamorfoseó en una majestuosa águila, que alzó a Ganimedes y se lo llevó por los aires hasta el Olimpo, el hogar de los dioses. Una vez allí, le dio el oficio de copero.



Ganimedes era el encargado de escanciar el néctar y la ambrosía en las copas de los dioses. De esa forma, Júpiter tenía siempre esa belleza junto a él y a su servicio. Tal era su amor por el joven que terminó ascendiendo al cielo como constelación.



Por esta razón, cuando se dice que la constelación de Acuario es el Escanciador, nos estamos refiriendo a Ganimedes. Así que en el Zodíaco podemos contemplar al joven pastor convertido en escanciador gracias a la voluntad de Júpiter.

En eso mismo piensa Lope de Vega al escribir: «El Acuario en este monte mira mayor copia [abundancia] que vierte Ganimedes», porque está comparando la mucha agua que llevan los ríos de un monte con la que vierte el Escanciador o Acuario, la constelación en que se transforma Ganimedes.

Del mismo modo, cuando Góngora habla de «aquel licor sagrado que a Júpiter ministra el garzón de Ida», se refiere al joven Ganimedes, que se encontraba en el monte Ida cuando fue raptado por el dios.

También está en el cielo en forma de estrellas el águila que lo raptó, esa forma que adoptó Júpiter para llevárselo junto a él, al Olimpo. El águila era su ave preferida, porque es la reina de todas las aves, con su fuerza majestuosa, y porque le parecía el símbolo perfecto para sí mismo.

Pero no todo es despiadado en Júpiter. Como era de esperar, el padre de Ganimedes lo echaba mucho de menos. De modo que el dios se apiadó de él y envió a Mercurio, su hijo y mensajero, para que le hiciera entrega de dos regalos: una vid de oro que había labrado Vulcano, el dios herrero, y dos caballos divinos que podían correr sobre el agua. Un extraordinario consuelo.





ACTEÓN

Acteón era un joven tebano, nieto del rey Cadmo. Se pasaba el día en los montes y en las selvas dedicado a la caza. Un día se encontraba agotado después de que él y sus compañeros, con sus armas y redes, hubieran teñido el bosque de sangre de fieras. Era mediodía, hacía mucho calor y les propuso descansar.

Aquel valle, lleno de pinos y cipreses, estaba consagrado a Diana y, en el rincón más apartado, la naturaleza había imitado al arte creando con piedra un arco natural. En aquella gruta manaba un manantial de agua limpiísima en el que solía bañarse la diosa cuando también ella estaba cansada de cazar.

Así lo hizo ese día. Entregó a una de sus ninfas la jabalina, la aljaba y el arco, otra recogió el vestido que se había quitado, dos la descalzaron y una más le recogió en un moño los cabellos que le caían sueltos por el cuello.

Mientras Diana se bañaba, Acteón llegó a ese paraje, llevado por su destino. Las ninfas, desnudas, al ver a un hombre, gritaron con todas sus fuerzas y rodearon a la diosa para ocultarla, pero Diana era más alta y les sacaba a todas una cabeza.



La diosa, al sentirse mirada por el hombre, se ruborizó como lo hacen las nubes cuando el sol las hiera. Volvió atrás la cabeza y tomó lo que tenía a su alcance, el agua, y la lanzó a Acteón diciendo: «Ahora te está permitido contar que me has visto desnuda si es que puedes hacerlo».



El cuerpo del joven empezó a transformarse: le nacieron en la cabeza unos largos cuernos de ciervo, se le alargó el cuello, sus orejas se tornaron puntiagudas, las manos se le convirtieron en pies, y los brazos, en patas. Su cuerpo se cubrió de una piel moteada. Era ya un temeroso ciervo, pero conservaba su inteligencia y se asombró de poder correr tan velozmente. Se acercó al agua y, cuando vio su cara y los cuernos, quiso exclamar «¡Desgraciado de mí!», pero no le salieron palabras, solo un bramido. Corrieron lágrimas por un rostro que ya no era el suyo. ¿Qué iba a hacer? ¿Volver al palacio real o esconderse en los bosques?

Mientras pensaba, lo divisaron sus propios perros. Melampo, el de las patas negras, fue el primero, y se lanzó contra él; todos los demás lo siguieron. Acteón huyó todo lo veloz que le permitían sus patas por riscos y peñascos. Huyó de sus propios perros y quiso gritarles «¡Soy Acteón! ¡Soy vuestro dueño!», pero ya no tenía palabras. Por fin, lo alcanzaron e hincaron sus dientes en él. Acudieron sus compañeros de caza y, al ver la presa cobrada, lamentaron que Acteón no estuviera presente, pero sí lo estaba.

Ni perros ni hombres lo soltaron hasta que exhaló su último aliento. Y en ese momento Diana se sintió libre de la mirada que la había avergonzado.





AVE FÉNIX

Era un pájaro bellísimo, que nacía en Etiopía, y era único, no había más que uno; por tanto, no podía reproducirse. Tenía el aspecto de un águila de gran tamaño, pero su plumaje poseía hermosos colores: un rojo como el fuego, un azul clarísimo, el color del oro y el de la púrpura. No podía compararse a ninguna de las aves que conocemos, era infinitamente más bella que todas las existentes hoy.

El ave fénix no se alimentaba de granos ni de hierbas, sino de las gotas de resina del árbol del incienso y de jugo de amomo. Tampoco enfermaba, pues sus lágrimas tenían propiedades curativas y su gran resistencia física y sabiduría lo protegían allí donde iba. Sin embargo, este ser extraordinario no eludía la muerte; él mismo acudía a su encuentro.

Cuando cumplía cinco siglos de edad, se construía un nido en lo alto de las ramas de una encina o de una palmera con plantas aromáticas, nardos, ramos del árbol de la canela y amarilla mirra. Luego el ave se posaba en él mientras los rayos del sol le prendían fuego y lo convertían en hoguera, en pira funeral.



Acababa su vida entre perfumes; pero de ese cuerpo viejo consumido por las llamas nacía una nueva ave fénix, y por eso se dice que renace de sus propias cenizas.



Francisco de Quevedo comienza un soneto diciendo: «Hago verdad la fénix en la ardiente / llama, en que renaciendo me renuevo», porque el yo poético enamorado perece en el fuego amoroso que le consume y renace en sus propias llamas.

Cuando la nueva ave fénix había crecido lo suficiente para transportar la tumba paterna, que había sido a la vez su cuna, la encerraba en un tronco de mirra hueco y la llevaba a Heliópolis, en el Bajo Egipto. La escoltaban hasta allí una bandada de aves que volaban junto a ella, como rindiéndole honores, aceptando su majestad.

Al llegar al templo del Sol, el ave fénix depositaba el nido delante de la sagrada puerta y planeaba por encima hasta que salía el sacerdote a recogerlo y lo incineraba.





NARCISO Y ECO

La profecía había sido hecha. El adivino Tiresias le había anunciado a la ninfa Liríope la fatalidad: su hijo Narciso no llegaría a viejo si se conocía a sí mismo.

El muchacho era hermosísimo y muy orgulloso: rechazaba a todos los que lo amaban, nadie le parecía suficiente para él. Un día, mientras perseguía a los ciervos en el monte, la bella Eco lo vio y se enamoró perdidamente de él.

Eco había sido una ninfa muy charlatana que con su conversación entretenía a Juno para que no viera los amoríos de Júpiter. Al darse cuenta la diosa de esta astucia, la castigó. Su condena fue no poder repetir más que las últimas sílabas de lo que oyera.

Así que ahora la ninfa, enamorada, seguía a Narciso a escondidas. Cuanto más lo contemplaba, más ardía en ella el amor por él. Quería hablarle, pero no tenía voz para hacerlo.

Un día que el joven se encontraba solo en el bosque, oyó un ruido y preguntó: «¿Hay alguien por aquí?». Y Eco, con su voz que era solo la de los otros, respondió: «Por aquí». Narciso miró a todas partes, no vio a nadie y gritó: «¡Ven!». Y ella llamó a quien le llamaba: «¡Ven!». Él contestó: «Aquí, reunámonos». Eco repitió feliz: «Reunámonos», y salió de la selva con los brazos abiertos hacia él.

Al verla, Narciso huyó diciendo: «Antes moriré que puedas tú gozar de mí». Al saberse despreciada, Eco se escondió en una cueva. Pero siguió amando al joven desesperadamente, y ese amor consumió su cuerpo hasta no ser más que voz y huesos. Estos se convirtieron en piedra, pero su voz perduró. Desde entonces, está oculta en los bosques, y nadie puede verla, pero todo el mundo la oye. Ella es solo sonido: eco.

Narciso siguió su andadura, despreciando a todos los que lo amaban, hombres y mujeres, hasta que un día un joven desesperado exclamó mirando al cielo: «Ojalá ame él del mismo modo que yo y, como yo, no logre al que desea». Y estas palabras se parecían mucho a las que había

pronunciado el adivino.



En medio de la selva había una fuente de aguas diáfanas rodeada de árboles. Allí llegó Narciso, cansado por la caza. Se acercó a la fuente y, mientras bebía, nació en él otra sed: la de la belleza que vio en las aguas.



Narciso creyó que era un cuerpo lo que veía en ellas, y no un reflejo. Así que intentó abrazarlo, pero solo encontró agua. Sonrió a la deseada imagen, y ella le correspondió. Se acercó para besarla, y también ella lo hizo. Pero cuando sus labios estaban a punto de tocar esos otros tan ansiados, no tocaron más que agua. Por fin se dio cuenta: se había enamorado de sí mismo.

La locura se apoderó de él, y se deshizo consumido por el amor a sí mismo. Su último «¡ay!» lo repitió la ninfa Eco, y también su adiós a la imagen reflejada en el agua.

La muerte cerró los ojos que admiraban la belleza de su dueño, y su cuerpo se transformó en una flor amarilla con pétalos blancos en el centro: un narciso.



PANDORA

Como venganza contra el astuto Prometeo, Júpiter mandó a los dioses que crearan a una mujer, pues este se había atrevido a burlarle dos veces y había enseñado el uso del fuego a los hombres.

Vulcano, el dios cojo, formó con tierra y agua la figura de una hermosa doncella, y Minerva, la diosa de ojos verdes, la vistió con un vestido blanco, le puso un ceñidor y le cubrió la cabeza con un bello velo bordado que ella misma adornó con guirnaldas de flores. Vulcano hizo con sus propias manos una corona de oro y grabó en ella de forma admirable maravillosos animales que viven en la tierra y en el mar. Fue la diosa de la sabiduría quien ciñó con esa obra de arte las sienes de la bella mujer recién creada y también quien le enseñó el arte de tejer lindas telas.



Los demás dioses le otorgaron distintas cualidades, pero el astuto Mercurio, que obedecía la orden de su padre, le puso en el corazón el engaño y la mentira; fue él quien le concedió el uso de la palabra y le dio nombre: Pandora.



La hermosa mujer no iba a ser una obra beneficiosa para los seres humanos, sino una calamidad; ellos tenían el fuego, pero iban a sufrir ese mal a la vez que lo deseaban. Era tan bello el excelso y engañoso artificio que los propios dioses la admiraron, y más lo iban a hacer los mortales.

El gusto por los bellos adornos y ropajes y el rechazo al trabajo iba a caracterizar a esa falsa figura. Hesíodo, que es quien nos habla de ella, compara su papel con el de los zánganos en las colmenas, que nada hacen mientras las abejas se afanan en sus trabajos para formar los blancos panales de miel.

Júpiter la envió al hermano de Prometeo, Epimeteo, que era su cara opuesta: en vez de la astucia le caracterizaba un pensar lento y corto, encarnaba la torpeza del ser humano. Aunque su hermano le había advertido de que no admitiera regalo alguno del padre de los dioses, él se enamoró de tan bella mujer y la hizo su esposa. Como regalo de bodas, Júpiter les dio una jarra cerrada herméticamente por una tapadera que impedía que su contenido se escapase y les dijo que no la abrieran nunca.

Pandora no pudo resistir la tentación de ver qué había dentro y abrió la vasija: en ese momento todos los bienes y los males se escaparon. Los primeros volvieron a la mansión de los dioses, mientras que los segundos se quedaron con los hombres. Solo un bien, que estaba en el fondo de la jarra de Pandora —llamada más adelante «caja»—, permaneció dentro cuando ella logró cerrarla, y es el único consuelo que les quedó a los seres humanos: la esperanza. Fue Júpiter quien así lo quiso.

Epimeteo y Pandora fueron los padres de Pirra, la pelirroja, una mujer justa y temerosa de los dioses que se casó con Deucalión. Ellos dos fueron los únicos seres que Júpiter dejó que se salvaran del diluvio y dieron lugar a la renovación del linaje humano.





EL RAPTO DE EUROPA

Un día, Júpiter, el dios de dioses, llamó sin previo aviso a su hijo Mercurio, su fiel mensajero, y le ordenó: «Vete inmediatamente a Fenicia y haz que aquel rebaño que ves en la montaña, y que pertenece al rey, baje hasta la playa». Mercurio lo obedeció, echó a los toros de la montaña y los encaminó hacia la playa. Allí estaba Europa, la hermosísima hija del rey fenicio Agénor, a la que le gustaba jugar junto al mar con sus doncellas.



No son muy compatibles la majestad y el amor, y así lo demostró Júpiter, porque, por amor a la hermosa joven, abandonó todo lo que le daba la soberanía sobre los dioses: su mano derecha estaba armada de los fuegos de tres puntas, y con un golpe de cabeza sacudía el mundo. No buscó la apariencia de la majestuosa águila, como cuando se llevó al Olimpo a Ganimedes, sino que adoptó la forma de un toro.



Se mezcló con los novillos y fue de un lado a otro, espléndido, pero había algo que lo distinguía de los demás: su color era blanco como la nieve. En el cuello se le marcaban los músculos, tenía pequeños cuernos, que parecían trabajados por un hábil artesano, pero no inspiraba miedo alguno porque su semblante era manso.

Europa se acercó al hermoso toro blanco, asombrada de que fuera tan pacífico, lo tocó y le ofreció flores en la boca. Como respuesta, el animal besó sus manos, y el que se escondía bajo su forma gozó con ello.

El toro blanco saltó y retozó en la verde hierba, y luego se recostó en la arena. Europa le acarició el lomo, le puso guirnaldas de flores en los cuernos, hasta que, por fin, se atrevió a sentarse en su

espalda, a subirse a su grupa. En ese momento, el toro se levantó y se acercó a la orilla para meter en el agua las falsas plantas de sus patas, y luego se adentró en el mar con su hermosa carga, nadando con toda la fuerza que escondía bajo su forma.

Europa, aterrorizada, miró atrás para ver la playa, que estaba ya quedando lejos, y se agarró a los cuernos con una mano mientras se apoyaba con la otra en el lomo del toro blanco y sus ropas se ondulaban con la fuerza de la brisa.

Llegaron a Creta, y allí el padre de los dioses abandonó la apariencia de toro y le dijo a la joven quién era. Tuvieron tres hijos, y dos de ellos, Minos y Radamantis, alcanzaron tal fama que, después de muertos, pasaron a ser jueces de las almas en el Hades.

Júpiter convirtió a Europa en reina de la isla casándola con su rey, Asterión, y le hizo tres regalos: Talo, un autómatas de bronce que vigilaba las costas de Creta, un perro que no dejaba escapar ninguna presa y una jabalina de caza que nunca erraba el blanco.





TÁNTALO

Tántalo fue un rey de Lidia famoso por su tormento y no por su culpa, sobre la que nos han llegado varias versiones; fue padre de Pélope y de la prolífica Níobe, a quien le esperaba el más espantoso de los dolores: ver morir a sus siete hijos y a sus siete hijas, víctimas de las flechas de Apolo y de Diana. Fue su castigo por haber presumido de tener tanta descendencia y haber menospreciado a Latona, madre solo de los dos dioses flechadores, y tal fue su tristeza que se transformó en estatua de piedra, pero siguió llorando en forma del manantial que de ella manaba.



Se cuenta que Tántalo mató a su hijo Pélope y, tras cortarlo a trozos, lo cocinó y sirvió como comida a los dioses. Unos dicen que, como el hambre assolaba su país, no tenía nada que darles para comer; otros, que quiso ponerlos a prueba.



Todos reconocieron la carne que se les servía, menos Ceres, que, hambrienta, se tragó un hombro antes de darse cuenta de lo que comía. Los dioses reconstruyeron el cuerpo de Pélope y le devolvieron la vida, y como le faltaba un hombro, se lo hicieron de marfil. Ese episodio lo convierte en versos el poeta sevillano Juan de Arguijo (1567–1622): «Castiga el cielo a Tántalo inhumano, / que en impía mesa su rigor provoca, / medir queriendo en competencia loca / saber divino con engaño humano».

En uno de los cantos de la *Odisea*, Odiseo ve a Tántalo en el Hades padeciendo su terrible tormento: estando de pie en un lago cubierto de agua hasta la barbilla, jamás logra saciar su sed, pues al inclinar el rostro, el líquido se aleja caprichosamente de él. Y cuando levanta la mirada, las sabrosas frutas de los perales, los manzanos e higueras que cuelgan por encima de su cabeza

son arrebatados por el viento que se las lleva hasta las sombrías nubes. Tántalo tampoco puede saciar su hambre.

Luciano de Samósata (s. II d.C.) hace que converse con él Menipo, filósofo cínico, en uno de sus *Diálogos de los muertos*. En su conversación, Tántalo le cuenta cómo se muere de sed al no poder beber agua, ya que esta lo rehúye. Menipo se extraña de que tenga sed, porque su cuerpo está enterrado en Lidia, y Tántalo le da la razón, pero eso es lo extraordinario: su alma sufre hambre y sed como si fuera su cuerpo. Sigue padeciendo estos tormentos y no puede morir de nuevo, porque ya está muerto. Le queda el deseo, aunque ya no tenga el cuerpo para gozarlo.

El castigo de Tántalo es único porque ningún muerto tiene sed, y él la tiene de un agua que siempre se le aleja. Como le dice Francisco de Quevedo: «Tú, que del agua yaces desdeñado, / con sed burlado, en fuente sumergido».





MIDAS

Unos campesinos frigios encontraron al dios Baco borracho y, sin reconocerlo, lo apresaron y lo llevaron a su rey, Midas. Él lo liberó y celebró su llegada con cinco días de festividad. Baco, agradecido, le dijo que le pidiera el don que quisiera, y el monarca dijo: «Haz que todo lo que yo toque se convierta en oro». Baco se lo concedió lamentando tan tonto deseo.

Midas quiso comprobar si el dios había cumplido su promesa: arrancó la rama de una encina y ya tuvo un pequeño tesoro porque era de oro puro. Levantó una piedra, y esta se tornó de oro. Tocó un terrón de tierra, recogió unas espigas, tomó una fruta de un árbol, y piedra, terrón, espigas y fruta se convirtieron en oro. No cabía en sí de contento, ¡lo transformaba todo en oro!



Sus servidores le prepararon una mesa llena de manjares, y entonces descubrió que todo lo que se llevaba a la boca también se volvía de oro. Iba a beber y el agua se convertía en oro líquido. Se dio cuenta de su desgracia y se arrepintió del don que lo condenaba a morir de hambre y de sed.



Desesperado, le pidió perdón al dios y le suplicó piedad para que anulara el don pedido. Baco, que era benévolo con el que confesaba su falta, le dijo: «Para no seguir recubierto de ese oro que para tu desgracia deseaste, vete al río Pactolo, junto a la ciudad de Sardes, sigue la orilla hasta llegar su nacimiento y allí sumerge la cabeza en el manantial para lavar a la vez tu cuerpo y tu culpa». Midas obedeció la orden de Baco, y el oro de su cuerpo pasó a la corriente del río, que

desde entonces lleva arenas de oro.

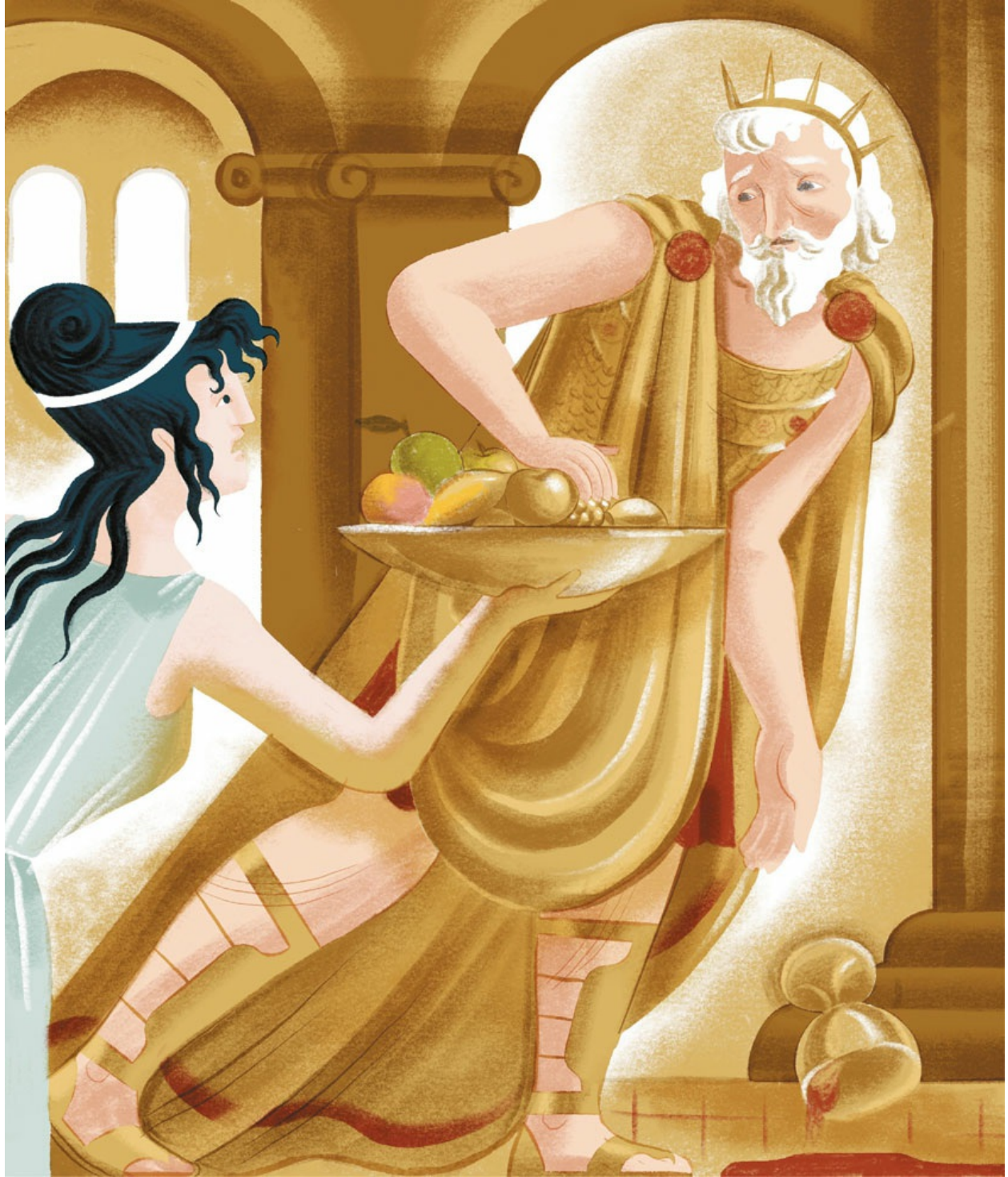
A partir de aquel momento, el rey odió las riquezas, vivió en los campos y adoró a Pan, el semidiós de los pastores que habita en las cuevas de los montes. Cambió su forma de vida, pero no ganó inteligencia, y su necedad terminó poniéndose de manifiesto de nuevo.

Pan, con su zampoña, su flauta rústica, se atrevió a menospreciar la maravillosa música de Apolo, ¡él tocaba mejor!, y puso como juez al monte Tmolos, que se rindió ante la belleza de la música que Apolo creaba con su lira. Al único al que encantaba la de Pan era a Midas, que por casualidad estaba allí escuchándole, y se atrevió a llamar injusto a Tmolos. Apolo no toleró que aquellas tontas orejas conservaran su forma humana y las convirtió en las de un asno.

Midas se dejó crecer el cabello para ocultarlas, pero el criado que se lo cortaba las veía. No se atrevía a contarle por miedo al castigo, pero no pudo guardar el secreto. Se fue al bosque, hizo un hoyo en la tierra y, en voz baja, dijo cómo eran las orejas del rey; luego lo tapó y se marchó en silencio.

En ese lugar nacieron cañas y, al año, cuando la brisa las movió, murmuraron el secreto que ellas sabían: las orejas del rey eran como las de un asno.





PIGMALIÓN

En Chipre, uno de los lugares preferidos de la diosa Venus —pues dicen que había nacido en su mar—, vivía un gran escultor, Pigmalión, que no había querido casarse. Era muy tímido, no había tenido buenas experiencias con las mujeres y prefería la soledad a su compañía.



Un día esculpió en marfil una estatua de mujer y logró crearla tan hermosa que ninguna chipriota podía competir con ella. Pigmalión pasó de la continua contemplación de su obra de arte a enamorarse locamente de ella.



Cuando tocaba su escultura, sus manos palpaban un cuerpo de marfil, pero él estaba convencido de que estaba viva. Le daba besos y creía que ella se los devolvía, hablaba a la muda estatua, estrechaba sus brazos y temía que le salieran morados. Le regalaba conchas y bellas piedrecitas marinas, le llevaba flores, pájaros y cuentas de ámbar. Hasta la tendía en una cama de plumas cubriéndola con ricas ropas de color púrpura, le ponía anillos con piedras preciosas, un largo collar en el cuello y perlas en las orejas. Todo le sentaba bien: era tan hermosa vestida como desnuda.

Llegó el día de la fiesta de Venus, el más celebrado en toda Chipre. Los ciudadanos le sacrificaban a la diosa blancas vacas con cuernos bañados en oro y quemaban incienso en su honor.

Pigmalión también llevó ofrendas a la diosa en su templo de Pafos, y tímidamente le formuló su ruego. «Si los dioses podéis concederlo todo... —empezó, y por fin cogió fuerzas para seguir—:

A mí me gustaría que mi esposa fuera...», pero como le pareció demasiado pedir «la joven de marfil», dijo «igual que la joven de marfil».

Venus estaba presente en sus fiestas, aunque nadie podía verla, y oyó el ruego de Pigmalión, así que hizo que la llama de su altar se elevara tres veces como anuncio de su voluntad favorable.

Regresó Pigmalión a su casa y corrió a besar a su amada estatua. ¡Le pareció que había besado unos labios de carne, tibios! Le palpó los brazos, los pechos, y notó cómo el marfil se ablandaba al tacto; ya no era rígido, era como cera que cede a la presión de los dedos. El escultor se quedó atónito, creyó que era víctima de una ilusión. No se atrevía aún a vivir la inmensa felicidad que empezaba a tocar con los dedos. Volvió a palpar su estatua: ya no tenía duda alguna, ¡era un cuerpo de carne! Latían en él las venas, el corazón. Entonces Pigmalión se arrodilló y dio gracias a la diosa Venus por haber escuchado su súplica, ¡nunca dejaría de hacerlo!

Besó —ahora sí— a la hermosa joven en sus labios de verdad, y ella, al sentir que la estaban besando, se ruborizó. Abrió los ojos y vio a su creador y a la vez a su enamorado: era ya Galatea.

A su boda asistió la diosa Venus, feliz de su obra.





SÍSIFO

Sísifo fue un astuto rey de Corinto, nieto de Deucalión y Pirra, poco respetuoso con los dioses. Debido a su astucia, algunos lo consideran padre de Odiseo, pero en la *Odisea* lo es Laertes, un rey justo que se casó con Anticlea. Cuando el héroe desciende al Hades, ella le cuenta a su hijo que Laertes, su padre, vive en el campo con la única esperanza de volverlo a ver.

Conocemos muy bien la condena de Sísifo en el Hades, que describe precisamente Odiseo al verlo allí, empujando con gran esfuerzo una enorme piedra. Tenía que llevarla a la cumbre de un alto monte, forcejeando con pies y manos para conseguirlo. Pero, cuando le faltaba muy poco para alcanzarla, una fuerza invisible la hacía rodar montaña abajo.

Sísifo entonces descendía del monte y volvía a comenzar su eterna tarea: empujar la enorme roca hacia la cumbre. Describe muy bien su tormento el poeta sevillano Juan de Arguijo: «Sube, gimiendo con mortal fatiga, / el grave peso que en sus hombros lleva / Sísifo al alto monte, y cuando prueba / pisar la cumbre, a mayor mal se obliga. / Cae el fiero peñasco y la enemiga / suerte cruel su duro afán renueva: / vuelve otra vez a la difícil prueba / sin que de su trabajo el fin consiga».

Pero ¿cuál fue la causa de tal castigo? Las historias no coinciden. Se cuenta que, cuando Júpiter raptó a Egina, hija del dios río Asopo, pasó por Corinto y Sísifo lo vio. El padre de la bella joven la buscó por Grecia, y Sísifo le dijo que le revelaría quién era el raptor si hacía que manase una fuente en la cima de la acrópolis de Corinto. Asopo así lo hizo: fue la fuente Pirene. Pero Júpiter, al verse delatado, enfureció y envió a Sísifo al Hades condenándole a ese durísimo trabajo eterno.

A esta historia se añade una precisión en la ejecución del castigo que cuadra más con la astucia de Sísifo. El comienzo es el mismo, pero se dice que Júpiter mandó a Tánato, el genio que personifica a la Muerte, para que lo matase. No obstante, Sísifo lo engañó y logró encadenarlo

hasta que, pasado un tiempo, Júpiter liberó a Tánato y este llevó a cabo su propósito.



Todavía se añade otra astucia a esta: Sísifo pidió a su mujer que no le rindiese honores fúnebres y, cuando llegó al Hades y el dios infernal le preguntó la razón, él acusó a su esposa y le rogó que lo dejara regresar a la tierra para castigarla.



El dios se lo concedió, así y él consiguió llegar a viejo. Cuando murió, Plutón le impuso el castigo descrito para que no tuviese tiempo de pensar en nuevos engaños y escapar.

Sísifo es el personaje que sube eterna y vanamente la misma piedra a la cima de una alta montaña, y se le ha visto a veces como imagen de la tarea diaria del ser humano.





EL JUICIO DE PARIS

Paris es el segundo hijo de los reyes de Troya, Príamo y Hécuba. Cuando su madre estaba a punto de dar a luz, soñó que del vientre le salía una gigantesca antorcha que lo incendiaba todo. Aterrorizada, se lo contó a su esposo, y Príamo consultó a un adivino, quien le dijo que el niño sería la causa de la destrucción de Troya y que esta solo se evitaría matándolo. Hécuba se opuso y abandonó a su hijo en el monte Ida, donde lo recogieron y cuidaron unos pastores, que lo llamaron Alejandro. Se convirtió en un hermoso pastor y se enamoró de la ninfa Enone.

Años más tarde, el joven príncipe fue el escogido por Júpiter para que dirimiera un litigio entre tres grandes diosas: Juno, Minerva y Venus.



A las bodas de Tetis y Peleo no fue invitada la Discordia, y, ofendida, lanzó a los pies de las tres diosas una manzana de oro con la frase: «Para la más bella». Como nadie se atrevía a solucionar la disputa –ni tan siquiera quiso hacerlo Júpiter–, el dios de dioses decidió que la sentenciara Paris, y mandó que Mercurio acompañase a las tres diosas al monte Ida.



El bello pastor contemplaba desde un árbol las murallas de Troya y el mar, cuando oyó temblar el suelo y vio posarse en él al dios Mercurio, con sus sandalias aladas y su caduceo de oro, y junto a él a las tres diosas. El espanto le heló las venas, pero el mensajero divino le dijo: «No tengas miedo. Vas a ser el árbitro de la Belleza. Soluciona la disputa de las tres diosas: ¿cuál de ellas es la más hermosa?». Se lo ordenó en nombre de Júpiter y se elevó hacia los astros.

Paris se transformó en un audaz juez de la belleza de las tres diosas, pero eran tan hermosas que le

habría gustado tener cien ojos como Argos para admirarlas a la vez.

Examinó la belleza desnuda de cada una, y las tres le ofrecieron dones. Juno, la esposa de Júpiter, le prometió Asia entera; Minerva, el valor y la condición de invicto en el combate; y Venus, el amor de la mujer más hermosa del mundo: Helena, hija de Leda y de Júpiter, y esposa del rey de Esparta, Menelao. Él sentenció que Venus era la más hermosa, persuadido por su belleza y por el don prometido, y le entregó la manzana de oro.

Poco después fue reconocido como hijo de Príamo, y el rey, feliz al encontrar al hijo que creía muerto, le restituyó su lugar y privilegios en palacio. Paris encabezó una expedición troyana a Esparta, y allí sedujo a la hermosa reina Helena y se la llevó consigo a Troya. Fue el comienzo de la guerra entre griegos y troyanos, que acabó con el incendio de Troya: se cumplía así el sueño profético de la reina Hécuba.





TESEO Y ARIADNA

Egeo, rey de Atenas, no conocía a su hijo Teseo, que se crio en Trecén, en la Argólida, con su madre Etra. A los dieciséis años, Etra le reveló a Teseo quién era su padre y lo hizo porque ya tenía fuerza suficiente para levantar una pesada roca donde Egeo había dejado escondidas una espada y unas sandalias para reconocer al portador como hijo suyo. Teseo se las calzó, empuñó el arma y se dirigió a Atenas. En el camino, liberó el istmo de Corinto de varios monstruos y bandidos, y esas hazañas lo convirtieron en un héroe.

Llegó al reino de su padre y se encontró con que este se había casado con la cruel y vengativa Medea. Ella, gracias a sus artes mágicas, reconoció a Teseo y convenció al rey de que era un poderoso enemigo al que tenían que matar. La hechicera envenenó su bebida, pero cuando el rey se la fue a dar a su hijo, enseguida reconoció el puño de marfil de su espada y con un rápido golpe apartó la copa y la muerte de su boca. Medea escapó de Atenas gracias a sus sortilegios.

Egeo dio las gracias a los dioses por la salvación de su hijo con abundantes sacrificios. Pero la alegría le duró poco porque la poderosa escuadra del rey Minos y sus aliados llegó a las costas de Atenas para vengar la muerte de su hijo Andrógeo, al que habían asesinado por triunfar en los juegos atléticos atenienses. El rey cretense los venció y les impuso un costosísimo tributo: mandar cada nueve años a siete muchachos y siete muchachas a Creta para alimentar al Minotauro.

Al tercer envío, Teseo se ofreció como tributo con el propósito de matar al monstruo. Egeo le entregó a su hijo dos juegos de velas para su nave: unas blancas, que debía izar a la vuelta si triunfaba y otras negras por si fracasaba.

Al llegar a Creta, Ariadna, hija del rey Minos, se enamoró de Teseo y le entregó un ovillo de hilo con el que podría salir del Laberinto. Solo puso una condición: que se la llevara con él y la hiciese su esposa. Teseo mató al Minotauro, salió del Laberinto gracias al hilo de Ariadna y se hizo a la mar rumbo a Atenas con la hermosa joven y el resto de los atenienses que habían sobrevivido a esa aventura.

En su camino de regreso hacia Atenas, atracaron al atardecer en la isla de Naxos. Ariadna se durmió. Al despertar se vio sola, Teseo había desaparecido, y en el horizonte divisó su nave que se alejaba. ¡Cuánto lloraba!



El dios Baco en su carro tirado por panteras vio a la hermosa joven, se casó con ella y se la llevó al Olimpo. Le regaló una corona de oro, labrada por Vulcano, que se convirtió en la celeste corona Boreal.



Teseo, con la euforia de su éxito, se olvidó de cambiar las velas negras por las blancas, signo de su triunfo, y Egeo, al verlas desde la Acrópolis, creyó que su hijo había muerto en la expedición y se lanzó al mar, que desde entonces lleva su nombre.





— DÉDALO Y EL LABERINTO —

La reina de Creta, Pasífae, esposa de Minos, se enamoró de un toro, que pertenecía al dios del mar, Neptuno. Fue tal su pasión que hizo que Dédalo le construyera una vaca de madera, donde se escondió para que el animal la fecundase. Así nació el Minotauro, con cabeza y dos patas de toro, y el resto, cuerpo de hombre.

El rey Minos acababa de obtener una victoria sobre Mégara por la traición de la hija del rey Niso, Escila, y al llegar a su palacio —no hay que olvidar que su padre, Júpiter, había tomado la forma de un toro para raptar a Europa, su madre—, se encontró con el monstruo híbrido de hombre y toro que había engendrado su esposa.



Decidió encerrarlo en una morada sin salida y llamó al ingenioso arquitecto Dédalo para que lo hiciera sin revelar a nadie los planos de ese sinfín de corredores que no llevaban a parte alguna.



Dédalo era ateniense, y en su taller trabajaba Pérdix, su sobrino, tan ingenioso como él. Inspirándose en la espina central de un pez, Pérdix talló una hilera de dientes en un hierro afilado e inventó la sierra; luego crearía el compás. Su tío, envidioso de su inteligencia, lo despeñó desde lo alto de la Acrópolis, la fortaleza de Minerva, y dijo que se había caído. Pero la diosa que protege el talento lo cubrió de plumas en medio del aire y lo transformó en perdiz, ave que desde entonces revolotea cerca del suelo porque tiene miedo a alzarse, acordándose de su antigua caída.

Cuando se descubrió el crimen, Dédalo fue condenado al destierro y se refugió en Creta, donde se convirtió en el arquitecto real. Ahí diseñó el Laberinto, con interminables pasadizos sinuosos que llevaban solo a perderse en ellos. Dédalo creó mil esquinas en los innumerables corredores, ¡casi

no pudo él mismo encontrar la salida! Fue allí donde encerraron al Minotauro, en ese espacio abierto sin salida.

Una nueva victoria de Minos sería pasto para el monstruo: había vencido a Atenas, y su rey Egeo se vio obligado a comprometerse a enviar a Creta cada nueve años a siete muchachos y siete muchachas para entrar en el Laberinto al encuentro de la muerte.

Fue el hijo del rey, Teseo, quien acabó con el Minotauro. Pero su valor nada hubiera logrado sin la ayuda de la hija del rey cretense, la hermosa Ariadna.

Dédalo no podía revelar el dibujo de su construcción única ni tampoco podía abandonar la isla por orden del rey Minos. Tuvo que recurrir otra vez a su ingenio para encontrar una salida a su cárcel sin rejas: unas alas que le hicieron volar, pero que también llevaron a la muerte a su hijo Ícaro, cegado por el placer de surcar los aires.





ÍCARO

Dédalo no podía escapar de Creta, rodeada por el mar, y quería volver a su tierra. No dejaba de darle vueltas a cómo salir de allí y se dijo a sí mismo: «Aunque no tenga escapatoria ni por tierra ni por mar, el cielo está abierto para mí. Voy a huir por él, porque Minos podrá poseerlo todo, pero el aire no es suyo».

Como era un ingenioso arquitecto revolucionó la naturaleza con una nueva técnica: creó unas alas para que el ser humano pudiera volar. Colocó plumas siguiendo un orden, empezando por la más pequeña y poniendo una larga tras una corta, de forma que fueran creciendo hacia arriba, como hizo Pan cuando creó la siringa con cañas desiguales. Luego sujetó con hilo las plumas del centro y unió las últimas con cera, imitando las alas de las aves. Creó dos pares de alas: uno para él y otro para su hijo, Ícaro.

El muchacho estaba junto a su padre mientras este trabajaba y no dejaba de observarle. Sin saber que estaba tocando su propia condena, recogía las plumas que la brisa se llevaba y le ayudaba a moldear con el pulgar la cera.

Cuando acabó su obra, Dédalo balanceó el cuerpo sobre las dos alas, pegadas a sus hombros, y empezó a volar para probarlas.

Dio las otras dos alas a Ícaro y lo instruyó sobre cómo volar y la altura que debía alcanzar: «Tienes que seguir una línea central. Si vuelas demasiado bajo, las olas mojarán las plumas y las harán pesadas; si te remontas en exceso, los rayos del sol las quemarán. ¡Sígueme siempre!».

Bajaron por las mejillas de Dédalo unas lágrimas y le temblaron las manos. Luego emprendió el vuelo con sus artificiosas alas.

Como un ave que desde su nido ha impulsado a volar a sus polluelos y teme por ellos, así se sentía Dédalo con respecto a Ícaro. Lo animó a seguirlo, le repitió las instrucciones y al comienzo solo miraba el vuelo de su hijo.

Un pescador que estaba con su caña, un pastor apoyado en su báculo y un labrador que descansaba de su arado los vieron volar por el cielo, y los tres se quedaron atónitos convencidos de que eran dioses.

Tenían la isla de Samos a la izquierda cuando el muchacho empezó a disfrutar de su vuelo y se olvidó de las advertencias de su padre.



Emocionado por poder volar, subió y subió, hasta que el sol derritió la cera que sujetaba las plumas. ¡Ícaro se quedó sin alas! Agitó en vano los brazos desnudos, y llamó a gritos el nombre de su padre, pero acabó sumergido en las aguas azules de un mar que llevaría el suyo: sería el mar Icaro.



El desdichado Dédalo, que no veía ya a su hijo, gritaba desesperado: «Ícaro, Ícaro, ¿dónde estás?». De pronto, en medio de las olas vio las plumas de las alas rotas y maldijo su propia inventiva.





PROMETEO

Prometeo era hijo de un titán, Japeto, y era astuto como un zorro, en contraste con su hermano Epimeteo. Uno de sus hijos fue Deucalión, el único ser que, junto a su esposa Pirra, se salvó del diluvio.

En una ocasión Prometeo quiso engañar a Júpiter y le presentó un enorme buey partido en dos: en una mitad había metido la piel, la carne y los intestinos, y lo cubrió todo con el vientre del animal; en la otra mitad, con engañosa habilidad, dispuso los blancos huesos bajo un trozo de reluciente grasa.

Júpiter sospechó un engaño y le dijo con ironía: «Hijo de Japeto, amigo, ¡qué desiguales hiciste las porciones!». Y el taimado Prometeo le contestó con dulce sonrisa: «Júpiter gloriosísimo, el mayor de los eternos dioses, escoge entre ambas la que te dicte el corazón».

El padre de los dioses eligió la segunda mitad y dejó la primera para los hombres. Al quitar la grasa y descubrir los blancos huesos, la cólera le llenó el alma. Desde entonces los hombres quemaron como sacrificio a los dioses blancos huesos sobre perfumados altares.

El indignado Júpiter le dijo con furia a Prometeo: «¡Hijo de Japeto, superas a todos en perversa astucia! ¡No has olvidado el arte de fingir!». Y entonces, como castigo el dios de dioses, dejó sin fuego a los mortales.

Pero Prometeo volvió a engañarle, y robó en una hueca caña la llama del fuego. Se dice que lo hizo de la propia fragua del dios Vulcano. Cuando Júpiter la vio en manos de los hombres, se enfureció todavía más, así que ideó un nuevo castigo para ellos: mandó que Vulcano forjara con barro a una mujer, Pandora, a la que Minerva vistió y enseñó a hilar, y a la que envió al hermano de Prometeo, el poco inteligente Epimeteo, y ella abrió la jarra donde estaban encerrados los males, que se extendieron por la tierra.



Para el astuto Prometeo, protector de los hombres, Júpiter ideó otro castigo: lo hizo atar a una columna en el Cáucaso y le envió un águila de anchas alas para que se comiera su hígado inmortal. El animal se lo devoraba, pero de noche le volvía a crecer.



Sería Hércules su libertador, el fortísimo hijo de Alcmena y del propio Júpiter, quien olvidó su furia contra Prometeo para que aumentara la gloria de su hijo.

Fernando de Herrera, el gran poeta sevillano (1534–1597), recrea este momento al sentir cómo su mal de amores le come el corazón, como hace el águila con el hígado del hijo de Japeto: «En otro nuevo Cáucaso enclavado, / mi cuidado mortal y mi deseo / el corazón me comen renovado».





— POLIFEMO, GALATEA Y ACIS —

Polifemo era un cíclope, un gigante con un solo ojo en la frente, que vivía en una cueva de Sicilia, donde de noche encerraba a sus rebaños. El adivino Télemo le anunció que Odiseo le cegaría su único ojo, pero él se echó a reír y le dijo: «Te engañas, necio adivino, porque ya otra me lo ha cegado».



Se refería a la ninfa Galatea, por la que estaba cegado de amor. Era una de las nereidas, hijas de Nereo y de Doris, que huía del espantoso gigante; a quien ella quería era al joven y bello pastor Acis, hijo de Fauno y de una ninfa del río Simeto.



¡Qué grande es el poder de Venus! Polifemo, un ser bestial que aterrorizaba a todos, descubrió qué era el amor y se convirtió en su esclavo.

Miraba en las aguas su rostro feroz, que a él no le parecía feo; peinaba con un rastrillo sus cabellos, recortaba con una hoz su espinosa barba. Se sentaba luego en una roca sobre el mar, ponía a los pies el pino que le servía de bastón, y tocaba una zampoña hecha con cien cañas. Le decía a su amada ausente: «Querida Galatea, si no huyeras de mí, serías más hermosa que un jardín regado. Pero así eres más dura que una vieja encina, más orgullosa que el pavo real, más sorda que los mares y más huidiza que el ciervo perseguido.

»Si me conocieras bien, no huirías de mí. Tengo una cueva donde no se nota ni el frío ni el calor. Tengo muchas frutas, que guardo para ti. Si fuera yo tu esposo, nada te faltaría. Este ganado es todo mío, no sé ni cuántas cabras ni ovejas tengo, ¡es de pobres contarlas! Cazaré para ti todo lo que quieras y cogeré para ti nidos de los árboles.

»Saca ya del mar azul tu hermosa cabeza, Galatea. Mira lo fuerte que soy, mi cabellera parece un bosque. Sí, tengo un solo ojo en la frente, pero también el sol es solo uno y lo ve todo desde el cielo. En el mar reina mi padre, Poseidón, ¡será tu suegro!

»Yo, que desprecio a Júpiter, te adoro a ti. ¿Por qué amas a Acis y lo prefieres a mí? En cuanto lo encuentre, le arrancaré las entrañas. Mi corazón guarda el fuego del Etna, ¡y tú, Galatea, no tienes piedad de mí!».

Después, como un toro furioso, Polifemo vagó por bosques y riscos. Galatea había estado escuchando sus palabras escondida con su amado Acis bajo una roca. No podían imaginar que el gigante los iba a descubrir, pero lo hizo y gritó: «¡Este va a ser vuestro último encuentro de amor!».

La nereida, aterrorizada, se sumergió en el mar, y Acis, perseguido por Polifemo, huyó pidiendo a su amada y a sus padres: «¡Socorredme, por favor!». Pero el cíclope le lanzó un peñasco y lo mató. Entonces Galatea hizo lo único que podía hacer: convirtió la sangre que empapaba el suelo en agua, y la roca, en la fuente de donde mana. Fue así como Acis se convirtió en el río que lleva su nombre.





EL DILUVIO

Júpiter convocó la asamblea de los dioses para comunicarles una terrible decisión: había decidido acabar con los humanos. Cometían tales desmanes que iba a borrar su presencia de la tierra; él, que había recorrido el mundo en forma de hombre, lo había comprobado de primera mano. Les contó el caso de Licaón, que había querido matarle mientras dormía y, por si fuera poco, para asegurarse de que no era un dios, le había servido como comida los miembros de un hombre al que había asesinado. Júpiter lo había castigado convirtiéndole en lobo, pero no estaba dispuesto a sufrir más fechorías de la raza humana.

Los dioses aprobaron su decisión, pero se lamentaron por la pérdida de los mortales y le preguntaron si su plan era dejar que las fieras dominaran la tierra. Júpiter los tranquilizó: haría que surgiera una raza diferente y lo haría de un modo prodigioso.

Justo cuando el dios de dioses iba a lanzar sus rayos sobre toda la tierra para exterminar a la humanidad, temió que se incendiara el éter y ardiera el eje del mundo. Guardó sus rayos y decidió matar con el agua, no con el fuego.

Así que encerró a todos los vientos menos al lluvioso Noto, que sopla desde el sur. Iris, la mensajera de Juno, vestida de muchos colores, alimentó a las nubes, que se deshicieron en lluvia. Neptuno, su hermano azul, le ayudó a inundar la tierra con las olas del mar. Los ríos se desbordaron, invadieron los campos y se llevaron árboles, animales, hombres, casas. No se distinguía ya el mar y la tierra: todo era mar sin orillas.

Solo un elevado monte, el Parnaso, se elevaba aún por encima del agua. Llegó a él una pequeña embarcación, conducida por Deucalión, e iba con él su esposa, Pirra. Al tocar tierra, como ambos eran muy piadosos, rindieron homenaje a los dioses. Eran los únicos seres humanos que habían sobrevivido al diluvio.

Cuando Júpiter vio que solo se habían salvado dos personas justas, hizo que cesaran las lluvias y

desapareciesen las nubes. También Neptuno apaciguó las aguas, que se retiraron a sus cauces. Ya tenía ribera el mar, disminuyeron sus corrientes los ríos y fueron sobresaliendo las colinas. Los bosques enseñaron ya sus árboles con fango aún entre las hojas.



El mundo quedó, pues, restaurado. Deucalión contempló muy triste las tierras vacías y le dijo a su esposa: «De toda la tierra somos nosotros dos la única población. ¡Menos mal que nos hacemos compañía! Si te hubieran llevado las aguas, yo te hubiera seguido. ¡Ojalá pudiera devolver la vida a la tierra! Pero no queda en ella de la raza mortal más que nosotros».



Deucalión y Pirra lloraron desconsolados y decidieron dirigir sus plegarias a los dioses. Se dirigieron al templo de Temis, la diosa de la Justicia, para consultar su oráculo. Allí se arrodillaron, besaron la fría piedra y le rogaron: «Temis, con tu extraordinaria clemencia, socorre a un mundo sumergido. Dinos cómo podría repararse la pérdida de los humanos, ¡solo quedamos los dos!». La diosa se conmovió ante el ruego de las dos personas justas y les dijo: «Alejaos del templo, cubríos la cabeza y arrojad por encima de vuestros hombros los huesos de la gran madre». Los dos se quedaron confusos ante estas palabras. Pirra pidió perdón a la diosa porque no quería obedecerla, no podía ultrajar a su madre desenterrando sus huesos.

Pero no podía ser esa la intención de la diosa. Siguieron dando vueltas a sus palabras hasta que dieron con la clave del misterio: la gran madre era la tierra, y sus huesos eran, por tanto, las piedras. No estaban seguros de que esa fuese la respuesta, pero decidieron probarlo.

Fueron tirando piedras sobre sus huellas, por encima de sus hombros, mientras se alejaban. Lentamente cada una de esas piedras se ablandaba e iba tomando forma; primero parecieron estatuas sin acabar, pero, poco a poco, todo lo duro que en ellas había se transformó en huesos, y la tierra pegada a ellas se convirtió en carne. Así, en poco tiempo, por voluntad de los dioses, las piedras que lanzaba Deucalión tomaron el aspecto de hombres, y las que arrojaba Pirra, de mujer. Por eso somos una raza dura, que soporta penalidades: hemos nacido de piedras.

Los demás animales, con sus diversas formas, los produjo la tierra por sí misma cuando el agua que la empapaba se calentó con el ardor del sol. El lodo de la tierra produjo innumerables especies, repitiendo las formas antiguas y creando nuevas criaturas. Una de ellas fue la inmensa y espantosa serpiente Pitón, que la tierra no hubiera querido que naciera de ella. Sembró el terror entre las poblaciones recién aparecidas hasta que acabó con ella y con su veneno el dios flechador Apolo: fue su primera hazaña. Para recordarla fundó en Delfos su más importante santuario, y en él la sibila o pitonisa profetizaba el futuro. Pero esa es otra historia.







FAETÓN



Faetón es hijo de Clímene y de Apolo, el Sol. Él y Épafo, hijo de Ío y de Júpiter, eran de la misma edad e igual de vanidosos. Competían presumiendo de ser hijos de un dios. Un día Épafo soltó la gran calumnia: «Tú te crees todo lo que te dice tu madre y presumes de un padre que no es el tuyo».

Faetón enrojeció de vergüenza y furia. Pero antes de replicarle, quiso que su madre le confirmara que Apolo era realmente su padre y le pidió que le diera una prueba. Clímene, furiosa y conmovida, le juró que su padre era el Sol y le dijo que fuera a verle él mismo y se lo preguntara.

Faetón se puso en camino. Dejó Etiopía y se dirigió hacia donde salía el carro que su padre conducía todos los días.

Cuando llegó al palacio del Sol, de oro y rubíes, Apolo estaba en un trono de esmeraldas, y junto a él, estaban el Día, el Mes, el Año, los Siglos, las Horas y las Estaciones: la Primavera, coronada de flores; el Verano, con guirnaldas de espigas; el Otoño, sucio de uvas pisadas, y el Invierno, con blancos cabellos helados. Faetón no pudo acercarse a su padre por la inmensa luz que desprendía su rostro.

«¡Oh, luz común del inmenso mundo, padre Febo! —le dijo el joven a Apolo—. Si puedo llamarte así y no me ha engañado mi madre al decírmelo, dame pruebas de que soy realmente tu hijo».

Su padre se despojó entonces de los rayos que rodeaban su cabeza, lo abrazó y le dijo: «No es justo que se niegue que eres hijo mío. Tu madre, Clímene, te ha dicho la verdad. Y para que no dudes más, pídemelo el don que quieras. Prometo por la laguna Estigia que te lo concederé».



Faetón le pidió entonces que le dejara conducir durante un día su carro, tirado por caballos de alados pies. Al oírlo, su padre se arrepintió de haber jurado, porque no podía volverse atrás: «¡Ojalá se me permitiera no otorgar lo prometido! No tienes fuerzas, Faetón, para conducir mi carro; eres un mortal y ningún mortal puede llevarlo sin arriesgarse a perder la vida. La primera parte del camino es empinada, y apenas tienen fuerzas los caballos para subirla; la parte media atraviesa la región más elevada del cielo, y da miedo ver desde allí el mar y la tierra; y la última está en una gran pendiente y necesita dirección segura para no precipitarse al abismo, donde me está esperando Tetis. Vas a tener que pasar por entre los cuernos del Toro, verás las fauces del León y las terribles pinzas del Escorpión. Tampoco te será fácil sujetar mis caballos y dirigirlos porque llevan fuego en el pecho.

»Hijo mío, pídemme otra cosa y te la concederé; pero renuncia a conducir mi carro, porque será para ti un castigo en vez de un don».

Pero Faetón no escuchaba, así que Apolo, resignado, le advirtió: «No aguijes a los caballos, tira con fuerza de las riendas. Sigue el camino que evita los dos polos, verás en él las estrías de las ruedas. No hagas descender mucho el carro ni tampoco lo alces demasiado. ¡Que la Fortuna te ayude, hijo!».

Faetón subió, tomó las riendas, y los caballos se precipitaron en tromba. Como la carga del carro era ligera, se bamboleaba y saltaba en el aire. Al notarlo los cuatro caballos, abandonaron el camino.

El pánico se apoderó de Faetón: no podía con ellos ni sabía dónde estaba la senda. El pobre auriga, desde lo más alto del cielo, miraba abajo y se aterrorizó. ¿Qué podía hacer? Vio cerca al Escorpión con su corvo aguijón y soltó las riendas. Los caballos se desbocaron, se lanzaron

contra las estrellas fijas en el cielo y luego se acercaron muchísimo a la tierra, que empezó a incendiarse.

Ardieron montes, bosques y ciudades, poblaciones enteras perecieron e hirvieron las aguas de los ríos. En todas partes se abrieron grietas en el suelo de la tierra incendiada, el mar se encogió, y en él los peces buscaron las profundidades.

La Tierra desecada levantó penosamente el rostro y dijo a Júpiter: «¿Por qué no me lanzas tus rayos? Si tengo que morir, prefiero hacerlo por tu fuego. ¡Ya casi no puedo hablarte porque el calor me cierra la boca!».



Júpiter se dio cuenta de que, si no lo remediaba, todo iba a perecer, y lanzó el rayo contra Faetón, que, en llamas, cayó dando vueltas como si fuera una estrella fugaz y fue a parar al río Erídano. Las Náyades lo sepultaron y escribieron su epitafio: «Aquí yace Faetón, auriga del carro de su padre. Si no pudo gobernarlo, al menos cayó víctima de grandiosa audacia».



Su padre escondió el rostro, enfermo de dolor. Sus tres hermanas, las Helíades, lloraron desesperadamente junto a las orillas del río Erídano hasta que los dioses las transformaron en álamos, y su hermanastro Cigno fue convertido en un cisne, que vive en lagos y estanques.

Júpiter ordenó a su hijo Apolo que volviera a conducir su carro y llevara la luz al mundo. Mientras, él tuvo que restablecer la tierra destruida, hacer que el agua volviera a fuentes y ríos, y reverdecer bosques y selvas.





— PÍRAMO Y TISBE —

En la ciudad de Babilonia, un hermoso joven, Píramo, vivía en la casa contigua a la de Tisbe, una muchacha bellísima. Al ser vecinos, se conocían, y con el tiempo nació entre ellos un apasionado amor. Hubieran querido casarse, pero las dos familias, enfrentadas, se oponían.

No tenían ningún intermediario, ningún criado que les ayudara, así que se hablaban por señas y gestos. Cuanto más ocultaban su amor, este más crecía.

La pared que separaba sus casas tenía una finísima grieta producida al construirse los edificios. Nadie había reparado en ella, pero Píramo y Tisbe la vieron, ¡qué no descubrirá el amor! Solo podía pasar su voz por esa rendija; sin embargo, esta se convirtió en el camino de sus palabras amorosas, que cuchicheaban por miedo a que alguien se diera cuenta. Podían notar incluso la respiración de sus bocas, pero no podían unirlos, y los besos que se daban no llegaban a su destino, solo lo hace su sonido.

Se despedían de noche, y volvían al amanecer al lugar de costumbre. Hasta que un día tomaron una decisión: esa noche intentarían burlar a sus guardianes para encontrarse en el campo. Se citaron en el sepulcro del rey Nino, el fundador de Nínive y esposo de la reina Semíramis, que le sucedió y mandó construir la ciudad de Babilonia, la cual rodeó con una muralla de ladrillo. Junto a la tumba había un manantial y un árbol, un moral de frutos blancos como la nieve, que podría encubrirlos.

¡Cuánto tardó en pasar el día! Se les hizo eterno. Pero cuando por fin llegó la noche, Tisbe abrió silenciosamente la puerta de su casa y, con la cara tapada, se sumergió en las tinieblas. Llegó a la tumba y se sentó bajo el moral. El amor la hizo atrevida.

Casi enseguida llegó a ese lugar una leona que tenía sed y había ido a la fuente a beber. El animal tenía el hocico embadurnado de sangre de unos bueyes que acababa de matar. Tisbe la vio venir gracias a la luna llena que brillaba en el cielo, y asustadísima huyó a una oscura cueva que había cerca. Al huir cayó de su espalda un velo, que quedó en el suelo, abandonado. La leona sació su

sed y, al volver al bosque, encontró el velo y lo desgarró con la boca ensangrentada.



Píramo, que había salido de su casa un poco más tarde, llegó al lugar de la cita, vio primero en el espeso polvo huellas claras de una fiera y enseguida el velo, que reconoció, teñido de sangre. Desesperado, suponiendo la muerte de Tisbe, dijo: «Una sola noche acabará con los dos. Tú, mi amada, eras la más digna de una larga vida porque yo soy el culpable de haberte hecho venir a este lugar terrorífico y no haber llegado el primero».

Recogió del suelo el velo de Tisbe, se lo llevó a la sombra del árbol, y después de besarlo infinitas veces y de mojarlo con sus lágrimas, dijo: «Recibe ahora también la bebida de mi sangre», y se hundió en el costado izquierdo su espada. Moribundo ya, con sus últimas fuerzas se la arrancó y quedó tendido boca arriba.



Saltó la sangre de su herida a gran altura, de la misma forma que lo hace el agua en un tubo de plomo donde de repente se abre un agujero. La sangre, al salpicar las moras del árbol, las tiñó de rojo oscuro y también humedeció la raíz.



Al cabo de un rato, Tisbe, aún con miedo, regresó al lugar y buscó al joven con los ojos y con el alma para contarle el enorme peligro del que se había librado. Miró el árbol y se extrañó del color rojo de sus frutos porque antes eran blancos. No sabía si se había equivocado, pero de

pronto descubrió en el suelo el cuerpo ensangrentado y sin vida de su amado Píramo.

Lo abrazó llorando desesperadamente, mezclando sus lágrimas con la sangre, besó el rostro helado que nunca pudo antes besar y le dijo: «Píramo, ¿qué desgracia me ha dejado sin ti? Píramo, contéstame. Soy yo, tu adorada Tisbe, la que te llama. ¡Escúchame, amado mío!». Al oír el nombre de Tisbe, los ojos de Píramo se abrieron por última vez para verla y luego se cerraron para siempre llevándose su imagen.

Cuando Tisbe vio la espada llena de sangre fuera de la vaina que aún llevaba su amado, se dio cuenta de lo que había hecho y exclamó: «¡Tu propia mano te ha dado muerte! Para esto tengo yo también una mano fuerte y tengo tu mismo amor, que me dará fuerzas para ir tras de ti. Solo la muerte ha podido arrancarte de mí, pero ni ella lo va a lograr. Infelices padres de Píramo y Tisbe, ¡que llegue a vosotros el ruego de los dos! Sepultad en una misma tumba a quienes el amor y la muerte unieron, ¡no los separéis vosotros!

»Y tú, árbol que con tus ramas das sombra ahora a un solo cuerpo, y que enseguida acogerás a dos, conserva las señales de nuestra destrucción, y da siempre frutos negros, de luto, en memoria de nuestra doble sangre».

Luego Tisbe se colocó la punta de la espada debajo del pecho y se dejó caer sobre el hierro, que aún estaba tibio de la sangre de su amado.

Sus súplicas conmovieron a los dioses y también a sus padres, que guardaron las cenizas de ambos en una única urna. Y desde entonces el color de las moras maduras es negruzco, teñidas para siempre por la sangre enamorada que una vez las salpicó.





ORFEO Y EURÍDICE

Orfeo es el músico por excelencia: su canto y su música seducían a toda la naturaleza y a todos los seres humanos. Hijo de Eagro, del que dicen unos que fue un dios río, y otros, el rey de Tracia, y de la musa Calíope, tocaba maravillosamente la lira y la cítara. Cuentan que aumentó de siete a nueve las cuerdas de este instrumento en honor al número de las Musas. Cantaba tan dulcemente que amansaba las fieras; los árboles y plantas se inclinaban para escucharlo mejor, los ríos detenían sus aguas, e incluso ablandaba las piedras.

Orfeo se casó con una hermosísima ninfa, Eurídice, pero el dios de las bodas, Himeneo, no dijo las palabras del rito ni tuvo rostro favorable en ese enlace. Su antorcha no dio llama alguna, solo humo que hacía llorar. Lo que sucedió fue incluso más grave que este presagio.

La hermosa Eurídice paseaba un día por la orilla de un río cuando la vio el pastor Aristeo y fue tras ella. La ninfa huyó despavorida, pero una víbora, escondida en la hierba, le picó en el pie y la bella joven murió por el veneno. Orfeo se quedó totalmente desconsolado.

Su canto desesperado llenó valles y montes, pero no le sirvió de consuelo que la naturaleza se conmoviera con sus lamentos; así que decidió descender al Hades en busca de su amada. Allí logró con su música que el terrible perro Cerbero cerrara las tres bocas, e incluso los condenados dejaron de cumplir con sus castigos: ni Sísifo se acordó de subir la pesada roca al empinado monte ni Tántalo lo hizo de su hambre y de su sed eternas. También los dioses del Hades, Plutón y Proserpina, se conmovieron por el tristísimo canto de Orfeo y le dejaron que devolviera a la tierra y a la vida a su amada, pero con una condición: ella lo seguiría, y él no podría mirarla hasta salir del reino de las sombras. Sin embargo, Orfeo volvió la cabeza para mirar a su esposa cuando ya, cerca de la salida, intuyó la luz del sol. Y la perdió así para siempre.



Vivió sin consuelo recordando las últimas palabras que le dijo su amada al ver que las sombras se la llevaban de nuevo: «¡Qué delirio me ha perdido y te ha perdido a ti! Por segunda vez mi hado me arrastra al abismo. Por segunda vez el sueño de la muerte cubre mis ojos. ¡Adiós! ¡Adiós!». Luego se desvaneció, y Orfeo, que en vano quería atrapar a la sombra fugitiva, no la volvió a ver más.



¿Por qué la miró si sabía lo que iba a suceder? ¿Tuvo miedo de que los dioses del Hades le hubieran engañado y de que Eurídice no le siguiera? ¿Fue el inmenso amor que tenía a su esposa que le impedía esperar? ¿Mirarla era regresar al pasado perdido?



Orfeo intentó volver a entrar en el Hades, pero ya era imposible: Caronte no le dejó subir a su barca una segunda vez. Se pasó siete meses enteros llorando bajo una peña altísima junto al río Estrimón, repitiendo sus desventuras, que amansaban a las fieras y enternecían a la naturaleza. Luego recorrió tierras heladas, reflejo de su corazón, que ya no pudo volver a enamorarse.

Unas mujeres tracias, seguidoras de Baco, bajo el efecto del vino, vieron a Orfeo en la cima de un monte acompañando con su lira su canto. Una de ellas gritó a las demás: «Ahí, ahí tenéis a quien nos desprecia», y le lanzó su vara, envuelta por las hojas. Solo le dejó una marca, no lo hirió. Otra le arrojó una piedra, pero esta, en mitad de su trayectoria, quedó seducida por la voz del poeta y

su lira, y se detuvo a sus pies como pidiendo perdón por su atrevimiento. Hubiera pasado lo mismo con las piedras de las otras mujeres borrachas y enloquecidas, pero era tal su griterío, el batir de los tambores y las palmas que ahogaron el sonido armonioso del canto y la música de la lira de Orfeo, y entonces las piedras lo alcanzaron y enrojecieron con su sangre.

Las mujeres bacantes fueron luego en busca del poeta, unas con puñados de tierra, otras con piedras, y acabaron con la vida de Orfeo, que rogó en vano con la voz que rocas y fieras habían escuchado y admirado. Su alma salió por la boca que había conmovido la naturaleza y se alejó hacia los aires.

Lloraron su muerte las aves, las fieras, las duras peñas. Los árboles perdieron sus hojas en señal de luto, y hasta los ríos aumentaron con sus propias lágrimas su caudal.

La cabeza de Orfeo y su lira fueron a parar al río tracio Hebro y, al deslizarse por sus aguas, la lengua sin vida murmuró lamentos y llamó a su amada: «¡Eurídice!, ¡Eurídice!», y también lo hicieron las cuerdas de la lira. Las riberas del río les respondieron con quejumbrosos sonos, y el eco repitió «¡Eurídice!, ¡Eurídice!». Llegaron al mar, y este los llevó a la playa de la isla de Lesbos, que sería la cuna de la poesía.

La sombra de Orfeo descendió al mundo subterráneo, al Hades, y recorrió de nuevo los lugares que había visto ya en vida. Se dirigió sin perder un instante a los Campos Elíseos en busca de su amada Eurídice y la estrechó con sus brazos ansiosos. Allí se pasearon unas veces juntos, otras ella iba delante y él la seguía; en alguna ocasión, él iba primero y ella le seguía, pero gozaba él en volver la cabeza a mirarla, seguro ya de que no iba a perderla nunca.

Baco castigó a las mujeres tracias que mataron a Orfeo transformándolas en árboles. Primero sus pies se convirtieron en raíces, y ellas quisieron escaparse en vano como aves aprisionadas en la red del cazador. Luego la corteza les cubrió las piernas, la madera, el pecho y los hombros, y sus brazos extendidos se convirtieron para siempre en ramas.





TIRESIAS

Tiresias, hijo de la ninfa Cariclo, fue el más famoso adivino de Tebas. Un día, paseando por el monte Cileno, el joven Tiresias vio a dos grandes serpientes copulando y les dio un golpe con el bastón. Al instante se transformó en mujer. Siete años más tarde, paseando por el mismo lugar, vio de nuevo a dos serpientes que copulaban y se dijo: «Si el poder del golpe que recibís es tan grande que se transforma en su contraria la naturaleza de quien os golpea, voy a daros ahora otro por si recobro mi anterior condición de hombre». Así lo hizo, y funcionó: de mujer pasó a ser hombre. Era, por tanto, la única persona que tenía experiencia y conocimiento vivido de los dos sexos.

En una ocasión, el dios de los dioses, Júpiter, olvidado de sus preocupaciones y eufórico por el néctar que había bebido en abundancia, conversaba con su esposa Juno y, bromeando, le dijo: «Desde luego es mucho mayor el placer vuestro que el que alcanzan los hombres al hacer el amor». Pero la diosa no estaba de acuerdo. ¿Quién podía saberlo por experiencia y darles la razón a uno u a otro? Solo Tiresias.

Los dos dioses le consultaron y él le dio la razón a Júpiter: si el goce del amor se dividiera en diez partes, le corresponderían nueve a la mujer, y una al hombre. Juno se enfureció tanto por perder la disputa que condenó a noche eterna a los ojos del juez: cegó a Tiresias.

Júpiter no podía devolverle la vista porque a ningún dios le está permitido anular la orden dada por otro; pero, para compensarle de tal pérdida, le concedió el don de la profecía: podía ver, pero solo el futuro, conocer el porvenir.

Todos admiraban el poder de Tiresias cuando se cumplía su profecía, el único que no lo hacía era Penteo, que se rio de él y le echó en cara la desgracia de que sus ojos ya no pudieran ver. Tiresias, cuyas sienes ya blanqueaban con las canas, le dijo: «¡Qué feliz serías si también tú te vieras privado de la luz y no pudieras ver los ritos del dios Baco! Un día no lejano vendrá aquí un

desconocido, Líber o Baco, hijo de Sémele, y si no lo honras dedicándole templos, te despedazará, y con tu sangre mancharás no solo las selvas, sino a tu madre y a las hermanas de tu madre».

El impío Penteo se siguió riendo de él, pero muy pronto se acallaría su risa.



Llegó el dios Baco a los campos, y todos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, borrachos, celebraron sus ritos. Daban gritos, tocaban tambores y platillos, bailaban como poseídos. Penteo les gritó: «¿Qué locura se ha apoderado de vosotros, tebanos? ¡Estáis siguiendo a un dios falso!». Y ordenó a sus criados que arrastrasen y apresasen al cabecilla que los guiaba.

Su abuelo, el rey Cadmo, intentó detenerlo, pero fue en vano y Penteo se enfureció todavía más. Sus criados le trajeron a un joven con las manos atadas a la espalda; no era Baco, como él hubiera querido, sino un seguidor suyo, que le contó el poder que tenía el dios a quien servía. Penteo no hizo caso de lo que escuchaba, sino que ordenó a sus esclavos que encerraran al chico y que lo atormentaran hasta la muerte. Pero mientras preparaban los crueles instrumentos, se abrieron solas las puertas de la prisión y cayeron las cadenas del prisionero. Quedaba por cumplirse la profecía de Tiresias, y se cumplió: Penteo acabó destrozado por la multitud entregada al culto de Baco, a la que se había enfrentado. Su propia madre y sus tías lo hirieron junto a los demás, enloquecidas y borrachas por el vino, viendo en él a un jabalí y cazándolo como si lo fuera.

En el canto XI de la *Odisea* se cuenta como Odiseo fue a la morada del Hades para consultar el alma del tebano Tiresias, y este lo reconoció y le habló: «¡Odiseo, fecundo en ardides!». Le contó lo difícil que iba a ser su vuelta a Ítaca porque el dios del mar, Neptuno, estaba enfurecido con él porque había cegado a su hijo, Polifemo. Le anunció cómo iba a perder su nave y a sus compañeros, cómo llegaría tarde, mal y solo a su tierra. También le contó cómo los pretendientes

de su reino habían invadido su palacio y, soberbios, comían sus bienes; pero le dijo que él acabaría con ellos, con su astucia y con las armas.

Para aplacar la furia de Neptuno, Odiseo tendría que caminar con un remo al hombro hasta donde vivían los hombres que no habían visto nunca el mar ni las naves ni los remos. Cuando encontrase a otro caminante y le preguntase por el aventador que llevaba al hombro, sabría que había llegado: esa persona no había visto nunca un remo y lo había confundido con la horquilla de labranza que sirve para aventar el trigo y hacer volar la paja. Entonces tendría que clavar en el suelo el remo y hacer sacrificios en honor a Neptuno. Así se calmaría la cólera del dios, y él podría esperar ya tranquilamente la suave muerte, que llegaría cuando la vejez le pesase mucho, en su palacio, rodeado de los felices ciudadanos de su tierra.



En vida y ya muerto, Tiresias fue, pues, el gran adivino tebano.





PERSEO Y ANDRÓMEDA

Acrisio, rey de Argos, estaba deseoso de tener descendencia. Fue a consultar al oráculo y este le anunció que su hija daría a luz a un hermoso hijo, pero que su nieto lo mataría. Para evitarlo encerró a su hija Dánae en una torre; pero no pudo impedir que Júpiter, enamorado de la hermosa princesa, la hiciera suya. Se presentó en forma de lluvia de oro y la dejó encinta. Al saberlo, Acrisio puso a su hija y al recién nacido en un cofre, que arrojó al mar.

El cofre que llevaba a madre e hijo fue conducido por Júpiter a la isla de Serifos, donde lo recogió Dictis, hermano del rey, que se casaría con la hermosa Dánae y educaría al niño: Perseo. El rey, Polidectes, también se enamoró de ella.

Perseo se convirtió en el protector de su madre, y en un joven capaz de llevar a cabo hazañas heroicas. Un día asistió a una fiesta de Polidectes, pero olvidó llevarle un presente. Para disculparse le dijo que, si fuera preciso, le regalaría la cabeza de Medusa. El tirano aprovechó y le tomó la palabra.

Perseo, con ayuda de unas sandalias aladas regalo de Minerva y de Mercurio, se dirigió a Occidente en busca de Medusa, una monstruosa criatura que, en vez de cabellos, tenía venenosas serpientes, y cuya mirada petrificaba.

En los confines de Occidente, protegidas por la gran masa rocosa del Atlas, habitaban tres viejas, las Fórcides, las hijas del Anciano del Mar, que compartían un único ojo y un solo diente. El astuto Perseo se apoderó del ojo en el momento en que se lo pasaba una a otra, y así pudo entrar a la morada de las gorgonas sin que ellas lo vieran. Esperó a que la monstruosa Medusa se durmiera y luego, sin mirarla, solo viendo el reflejo de su cabeza en el escudo, se la cortó. De la sangre nació Pegaso, el caballo volador. Perseo regresó volando a su tierra, y al sobrevolar el desierto de Libia, las gotas de sangre que caían de la cabeza de Medusa se iban transformando en serpientes.

Vientos contrarios empujaron a Perseo de un lado a otro, sin dejarlo regresar, y al llegar la noche, se detuvo en los límites de Occidente, en los dominios del inmenso gigante Atlas. Sus huertos

tenían árboles que daban frutos de oro y que cuidaban sus hijas, las Hespérides. Temeroso del oráculo de Temis, que había anunciado que un hijo de Júpiter le robaría las frutas de oro, Atlas los había encerrado entre montañas, había puesto como vigilante a un gigantesco dragón y rechazaba a todos los extranjeros.



Esa noche, cuando Perseo le pidió hospitalidad, Atlas se la negó y se enfrentó a él. Pero el joven le enseñó la cabeza de Medusa, y el gigante se quedó petrificado. Atlas pasó a formar parte de la cordillera que lleva su nombre. A partir de entonces el cielo entero, que descansaba sobre los hombros del gigante, pasó a hacerlo sobre la cadena de montañas, que creció desmesuradamente.

Amanecía y los vientos estaban en calma, Perseo se calzó de nuevo las sandalias aladas y, agitándolas, empezó a volar por el límpido aire hasta llegar al reino de Etiopía. En esa tierra reinaba el rey Cefeo, casado con la hermosa Casiopea. Esta había presumido de ser más bella que las Nereidas y, en castigo, un injusto dios egipcio, Amón, había ordenado que su preciosa hija Andrómeda pagara su culpa, así que la había encadenado a una roca junto al mar para que la devorara un monstruo marino.



Así la vio Perseo, y se quedó tan extasiado con su belleza que casi se olvidó de mover sus sandalias aladas. Quería saber quién era y por qué estaba encadenada, pero Andrómeda, avergonzada, no se atrevió a contestarle, solo lloraba, hasta que, ante su insistencia, le contó su historia.



Apenas lo había hecho cuando retumbaron las olas y apareció en medio del mar un monstruo inmenso. Gritó la joven y lloraron sus padres, que fueron a abrazarse al cuerpo encadenado. Perseo les dijo: «Solo queda un instante. Soy Perseo, hijo de Júpiter y de Dánae, vencedor de la Medusa gorgona, si me la dais como esposa, yo la salvaré».

Accedieron sin dudarlo, y el joven ascendió hasta las nubes y fue al encuentro del monstruo. Como el águila que ha visto una serpiente y se lanza sobre ella por detrás, así lo atacó Perseo y le hundió el hierro de su alfanje en el lomo. Herido el monstruo, se revolvió contra su atacante, que evitaba sus mordiscos gracias a sus veloces alas y que siguió golpeándole; cuando sus sandalias se empaparon de agua y sangre, se agarró a un saliente de la roca y remató a la bestia.

Perseo se casó con Andrómeda, y el Amor y el Himeneo agitaron sus antorchas en las bodas, y se celebraron fiestas en todo el reino.

Perseo regaló a Minerva la cabeza de la gorgona y ella la puso en su escudo, en el centro de la égida.

Como es inútil oponerse al hado, pasados los años, Perseo, ignorante del oráculo, fue a Argos, deseoso de conocer a su abuelo. Acrisio, para evitarlo, se marchó al otro extremo de Grecia. Se celebraban allí juegos atléticos, y Perseo quiso participar en ellos: al lanzar el disco, se levantó un fortísimo viento que desvió el proyectil y este dio en la cabeza a Acrisio y lo mató.





EL RAPTO DE PROSERPINA

Ceres es la diosa de la agricultura, la primera que usó el arado para que los terrones removidos dieran cosechas. Hija de Rea y de Cronos, es la madre de Proserpina.

La isla de Trinacria —Sicilia— oprimía bajo su peso al inmenso Tifeo o Tifón, que se atrevió a enfrentarse a Júpiter, y este lo venció y castigó. Los tres montes de los extremos de la isla oprimían sus brazos y piernas, y sobre la cabeza tenía el Etna; tendido boca arriba, el feroz monstruo escupía lava y vomitaba llamas. A veces intentaba quitarse de encima la enorme masa de tierra, y esta temblaba; entonces el rey de las sombras, Plutón, se estremecía temiendo que el suelo se abriese y entrase luz a su reino por alguna grieta.

Un día, por miedo a que tal cosa sucediera, Plutón salió de su morada tenebrosa en su carro tirado por negros caballos y recorrió la isla. Venus, que estaba con su hijo Cupido, el dios del amor, lo vio y dijo: «Cupido, hijo mío, coge esos dardos con que vences a todos y haz que tus veloces flechas traspasen el pecho del dios de las sombras. ¿Cómo es posible que ese reino haya estado a salvo de ellas? En el cielo se me han escapado dos diosas: Minerva y Diana, y veo que la hija de Ceres va por el mismo camino si no lo remediamos. Dispara tus flechas y enlaza a Proserpina con su tío».

Cupido escogió la flecha más aguda, disparó y alcanzó al dios del Hades en el corazón. Él miraba en ese momento a la hermosa Proserpina, que estaba cogiendo violetas y lirios junto al lago Pergusa. Plutón la vio, se enamoró de ella y la raptó, ¡hasta este extremo es impaciente el amor!

Aterrorizada, la diosa llamó a gritos a su madre, pero lo hizo en vano, porque el raptor espoleó a sus caballos y se deslizó por el profundo lago. Los vio la ninfa Cíane, que salió del agua y le dijo a Plutón: «No puedes contra la voluntad de Ceres ser su yerno; tenías que haberle pedido a su hija, y no raptarla». A continuación intentó cerrarle el paso con los brazos, pero el dios de las sombras hundió su poderoso cetro en las profundidades, y la tierra le dejó paso abierto al Tártaro. Cíane, desconsolada por el rapto de Proserpina y por la violación de sus aguas, se consumió en lágrimas, y su cuerpo se fue deshaciendo hasta convertirse en el agua que la rodeaba.



Mientras tanto, Ceres, angustiada, buscaba desesperadamente a su hija por toda la tierra. Nadie la había visto. Desde donde el sol nace hasta donde se pone, la diosa seguía buscándola en vano. Estaba tan agotada y sedienta por el esfuerzo que llamó a la puerta de una choza para pedir agua. Sin embargo, la anciana dueña de la casa le sirvió una bebida dulce cubierta de una capa de harina tostada. La diosa la bebió con tanta ansiedad que un niño insolente se rio de ella. Ceres, furiosa, lo roció con el líquido y lo transformó en una salamanquesa.

La diosa anduvo errante por tierras y mares, y llegó de nuevo junto a Cíane, que quiso contarle dónde estaba su hija, pero era agua y ya no podía hacerlo. Solo pudo enseñarle en la superficie de la laguna el cinturón de Proserpina, que se le había caído antes de descender al Hades.

Ceres, al darse cuenta de que alguien había raptado a su hija, se desesperó y acusó a Trinacria de haber sido la culpable. Destrozó cosechas, arados y convirtió en yerma esa tierra que antes fue fértil. Al ver la destrucción, la ninfa Aretusa sacó la cabeza de sus aguas y le dijo a la diosa: «Ceres, no te enfurezcas contra una tierra que te es fiel y que se abrió a la fuerza para dejar pasar al raptor. Mientras me deslizaba por el abismo de la laguna, vi allí, en el Hades, a tu hija Proserpina. Estaba triste aún y con miedo; sin embargo, es ya la reina del mundo de las sombras, la esposa de Plutón».

La diosa, al oír esas palabras, se quedó sin saber qué hacer. Al fin, con su carro, se remontó por los aires hacia el Olimpo en busca de Júpiter y cuando lo encontró le dijo: «He venido a suplicarte por la suerte de tu hija. Acabo de saber quién es su raptor y estoy dispuesta a perdonarlo si me la devuelve, ¡ayúdame!».

«Ceres —le contestó el dios—, Plutón ha raptado a nuestra hija por amor. No me avergonzaré de tenerlo por yerno mientras tú estés de acuerdo: es mi hermano y el rey del reino de las sombras.

Pero si estás empeñada en que Proserpina lo abandone, lo hará siempre que no haya comido nada allí, pues esta es la ley de las Parcas».



Proserpina había comido en el Hades siete granos de una granada, así que no podía regresar a la tierra. Pero Júpiter consiguió un pacto entre Ceres y Plutón: dividió el año en dos mitades. Proserpina pasaría con su esposo seis meses, y con su madre otros seis.



Desde entonces, cuando Proserpina desciende al reino de las sombras, la naturaleza pierde su esplendor, es el otoño, y su tristeza se agudiza en el frío invierno; pero cuando vuelve al reino de su madre, la tierra se engalana con la primavera y sigue dando sus frutos hasta final del verano.





FILOMELA, PROGNE Y TEREEO

El rey de Tracia, Tereo, hijo de Marte, se casó con Progne, una de las dos hijas del rey de Atenas, Pandión. No asistieron los dioses protectores del matrimonio a sus bodas: ni Juno ni Himeneo ni las Gracias, y fueron las Euménides, las Furias, quienes sostuvieron las antorchas, cogidas de un entierro. Tereo y Progne tuvieron un hijo, Itis, y lo celebraron y dieron gracias a los dioses.

Habían pasado cinco años de sus bodas cuando Progne le dijo a su esposo que tenía muchas ganas de ver a su hermana Filomela. Tereo la complació al momento, él mismo iría a buscar a su cuñada para que pasara una corta estancia con ellos.

En Atenas saludó a su suegro, le expuso el objeto de su visita y le prometió el pronto regreso de su hija. Todo iba bien hasta que apareció la bella Filomela. Al verla, se encendió el corazón de Tereo con un amor desenfrenado. Solo deseaba hacerla suya y llevársela a su reino. ¡Ay, qué gran cantidad de ciega noche tienen los corazones mortales!

Pandión accedió al ruego de su yerno y se despidió de su amada hija con lágrimas en los ojos. Le pidió a Tereo que cuidara de Filomela y que se la devolviera cuanto antes, pues él era ya viejo y ella era su único consuelo. Apenas pudo decirles el último adiós, ¡era tanto el dolor de su corazón que él mismo se asustó del presagio!

Tereo se hizo a la mar con Filomela, con la pasión que lo devoraba. Estaba impaciente por llegar a su tierra y no dejaba de mirarla, como si fuera un águila que ha depositado en su alto nido una liebre y contempla su botín.

Al llegar a las playas de su reino, llevó a la hermosa joven a un apartado caserío en pleno bosque, y allí le confesó su pasión. Como ella lloraba y llamaba a su hermana desesperadamente, él la hizo suya utilizando la fuerza.

Después de la violencia sufrida, la joven clamó y le recriminó a gritos el crimen a Tereo, ¡la había hecho rival de su propia hermana! Así pues, rogó a los dioses que le permitieran vengarse de él. Enfurecida, gritó que ella misma iba a pregonar su deshonra: se lo diría a todo el mundo, y si

Tereo la encerraba en el bosque, se lo diría a los árboles y a las piedras. ¡El cielo la oiría!



Enfurecido y con miedo a que se supiera lo que había hecho, agarró a Filomela por los cabellos, le sujetó los brazos, le cogió con unas tenazas la lengua y se la cortó con la espada. En el suelo, el trozo de carne aún quería denunciar el crimen y palpitaba moviéndose como la cola cortada de una culebra.

Tereo encerró a la muchacha en el caserío y volvió a palacio para contarle a Progne que su hermana había muerto. Tras el intenso llanto, su esposa se vistió de luto y siguió lamentándose sin sospechar nada.

Pasó un año y Filomela no podía ni escapar ni contar lo que le había sucedido. ¡Cómo crece el ingenio en situaciones apuradas! Tejió una tela con hilos blancos y en medio dibujó con hilos rojos una mancha. Por señas le pidió a una esclava que se lo llevara a su señora, la reina.

Progne, al ver la tela, entendió muy bien el mensaje y tuvo fuerzas para callar lo que sentía: no dijo nada ni tampoco lloró. Solo pensaba en la venganza.

Como se celebraban en ese tiempo las fiestas en honor a Baco, se vistió para la ocasión y se cubrió la cabeza con hojas de vid. Fingió su locura y se dirigió adonde le indicaba la esclava. Mandó echar abajo la puerta y se llevó a palacio a su hermana, cuyo rostro ocultó con hojas y ramas de hiedra.

Ya a salvo de miradas, Progne abrazó a su hermana, que lloraba, y con gestos le explicó todo lo sucedido. La furiosa reina le dijo que no había que borrarlo con lágrimas, sino vengarlo con hierro. Aún no sabía cómo, pero le daba vueltas en la cabeza a las ideas más espantosas. En ese

momento se acercó a abrazarla su hijo Itis. Progne pensó en lo mucho que se parecía a su padre, y se le ocurrió la venganza más terrible nunca ideada.



Mató al pobre niño que la llamaba «madre» y cocinó su pequeño cuerpo en un caldero.

Luego se lo sirvió luego al rey Tereo, diciéndole que tenía que comerlo solo, ya que formaba parte de un rito tradicional de su familia.



Tereo devoró el plato ignorando lo que estaba haciendo, y fue tan grande la oscuridad de su alma que, con ganas de ver al niño, dijo: «Llamad aquí a Itis». La salvaje Progne quiso ser mensajera de su propia calamidad y le dijo: «Tienes dentro al que quieres que venga». El rey miró a su alrededor y se dio cuenta de lo que había pasado.

Furioso, derribó la mesa, lanzó feroces gritos, sacó su espada y persiguió a las dos hermanas, que parecía que tenían alas para huir. Y en realidad las tenían: Progne voló acercándose a los tejados, era ya una golondrina; Filomela se fue a los bosques y cantó maravillosamente su desgracia: era un ruiseñor. Y Tereo, deseoso aún de castigarlas, se convirtió en un pájaro con cresta y un pico largo como una lanza: era una abubilla; parecía un guerrero armado.





MEDEA Y JASÓN

El oráculo de Delfos le había profetizado a Pelias, el rey de Yolco, hijo de Neptuno, que su ruina vendría de un hombre calzado con una sola sandalia. Un día el rey convocó a la gente para ofrecer un sacrificio al dios del mar. Su sobrino Jasón acudió a la fiesta y, al atravesar un río, perdió una sandalia. Pelias no lo reconoció, pero, al ver en él la señal anunciada, le preguntó qué haría con un hombre si supiese que este lo iba a destronar, y Jasón le dijo que mandarle que le trajera el vellocino de oro. Pelias le hizo caso y eso fue lo que le ordenó.

Ese fue el objetivo de la gran expedición de los Argonautas a la Cólquide en la nave Argo, llamada como su constructor. Tras muchas peripecias vividas en el trayecto, los héroes aqueos, mandados por Jasón, se presentaron ante el rey Eetes y le pidieron el vellocino de oro. El monarca les puso como condición que superasen dos pruebas: enlazar con el yugo a dos toros monstruosos de pezuñas de bronce que despedían fuego por las narices de acero y, una vez lograda esta hazaña, arar con ellos un campo y sembrar en él dientes del dragón que había matado Cadmo y que la diosa Minerva había dado al rey Eetes.

El joven no lo habría logrado sin el amor de Medea, hija del rey, conocedora del poder de las hierbas y de los conjuros. Ella, que luchaba en vano contra su pasión, se decía: «¿Por qué tengo miedo de que muera este extranjero que acabo de conocer? Si yo pudiera, olvidaría mi amor hacia él; una cosa me aconseja mi deseo, y otra mi razón: veo lo mejor y sigo lo peor»; pero al fin se rindió al amor cuando Jasón le pidió ayuda y le prometió que se casaría con ella. Medea le hizo jurar que cumpliría su promesa y le enseñó a usar unas hierbas encantadas.

Amaneció y se reunió la muchedumbre presidida por el rey. Delante, en el campo de Marte, estaban los toros de cuernos de hierro. Jasón fue a su encuentro y no sintió el fuego que exhalaban, ¡tanto pueden los hechizos! Les colocó encima el yugo y los obligó a arar la tierra. Sacó entonces del casco de bronce los dientes del dragón y los sembró.

De repente brotaron de la tierra unos hombres armados que quisieron arrojar sus lanzas sobre Jasón. Él tiró una gran roca en medio de sus enemigos y desvió de sí mismo la guerra, porque la

emprendieron entre ellos y se destruyeron.



Quedaba solo la conquista del vellocino de oro, que estaba colgado en un árbol guardado por un terrible dragón que siempre lo velaba. Jasón lo roció con un jugo mágico que le había dado Medea y pronunció tres veces conjuros que llevaron al monstruo al sueño que antes no había conocido. Pudo así llevarse el trofeo y regresar a su tierra con Medea, con quien se casó.

Su padre Esón, agotado por la vejez, estaba cerca de la muerte, y Jasón le pidió a su esposa que le quitase a él algunos años y se los diera a su padre para alejar esa amenaza. Medea se negó a acortar su vida, pero le dijo que intentaría rejuvenecer a su suegro.



En una noche de luna llena, Medea salió de la mansión y les rogó a la noche, a los astros, a la tierra y a la diosa Hécate que la ayudasen. Les pidió unos jugos especiales que pudieran devolver la juventud perdida. Descendió del cielo su carro, tirado por dragones, y durante nueve días recorrió en él los lejanos lugares donde estaban las hierbas que necesitaba.



Después hizo sus plegarias a los dioses del Hades, dijo palabras mágicas, durmió el cuerpo agotado de Esón y lo purificó con llamas mientras se cocía el bebedizo; al mover el caldero con

una vieja rama de olivo, se vistió esta de hojas y de aceitunas. Entonces Medea abrió el cuello del anciano con la espada para que saliera la sangre vieja y lo rellenó con el jugo: surgió un renovado Esón, cuarenta años más joven.

No había olvidado ella vengarse del rey Pelias, y así se fue a cumplir el oráculo. Fingió que se había peleado con Jasón y se refugió en casa del viejo rey. La acogieron sus hijas porque él estaba también consumido por la vejez, y la astuta maga les contó el rejuvenecimiento de su suegro Esón y las convenció de que podían hacer lo mismo con su padre. Se lo demostró con un viejo carnero, al que, gracias a sus jugos mágicos, convirtió en un corderito. Las hijas de Pelias mataron a su padre, pero las aguas donde lo sumergieron no tenían hechizo alguno.

Jasón y Medea huyeron y se refugiaron en Corinto, donde vivieron felices diez años hasta que el rey Creonte, que los acogió, se empeñó en casar a su hija Creúsa con el héroe y desterró a Medea con el consentimiento de Jasón. La maga le regaló a la novia un hermoso vestido que estaba impregnado de veneno. Al ponérselo, murió abrasada por un misterioso fuego que también quemó el palacio y a su padre, que había acudido a socorrerla. Aún fue más allá en su venganza: mató a los dos hijos que había tenido con Jasón, y luego huyó en su carro tirado por dragones hasta Atenas, donde la acogió el rey Egeo y se casó con ella.





HÉRCULES

Hércules es hijo de Alcmena y de Júpiter. El dios, aprovechándose de una ausencia del rey Anfitríon, tomó su figura y ocupó el lecho de su esposa Alcmena durante una noche doble, pues había mandado a Apolo que no saliera con el carro del Sol ese día.

Desde antes de nacer el niño, la diosa Juno lo odiaba terriblemente porque sabía bien quién era su padre. Se habían cumplido ya los nueve meses del embarazo de Alcmena, pero Juno le negó la asistencia de Lucina, la diosa que auxiliaba en los partos y, durante siete días y siete noches, la reina gritó de dolor y suplicó su presencia. Cuando Lucina, por fin acudió, impidió con todas sus fuerzas el parto. Una de las sirvientas de Alcmena vio que Lucina tenía entrelazados los dedos apretando manos y brazos sobre las rodillas de la reina y sospechó lo que estaba haciendo. Se acercó a ella y le dijo que felicitase a su señora porque ya había dado a luz; Lucina, sobresaltada, soltó las manos y en ese momento Hércules pudo salir del cuerpo de su madre.

Para que fuera inmortal tenía que amamantarse de una diosa, y Mercurio acercó al niño al pecho de Juno, su peor enemiga, cuando estaba dormida. Al despertar, esta lo separó bruscamente de sí; la leche succionada salió con gran fuerza de su pecho y dejó en el cielo una estela: la Vía Láctea. No menguó el odio de la diosa hacia el niño y, cuando tenía ocho meses, envió dos serpientes a su cuna para que lo estrangularan, pero fue él quien las ahogó con sus manos.

Ya joven, Hércules empezó a realizar hazañas, gracias a su gran fuerza y valor, que lo convirtieron en un héroe. El rey de Tebas, Creonte, para agradecer su ayuda, le dio en matrimonio a su hija mayor, Mégara. Tuvo varios hijos con ella, pero, en un ataque de locura provocado por Juno, les dio muerte. Para expiar el crimen tuvo que ponerse al servicio del rey Euristeo, muy inferior a él, quien le ordenó que llevara a cabo sus «doce trabajos», tareas que le imponía en realidad la diosa sin piedad. El primero fue la caza del león de Nemea, un monstruo que devoraba a los habitantes de ese país. Hércules talló la maza que lo caracteriza y con ella hizo que el temible león entrara en la caverna de dos bocas donde moraba; taponó una de ellas y, abrazándolo, lo ahogó. Con las propias garras del monstruo pudo desgarrar su piel, que vistió, y usó su cabeza como casco.



Otro de sus trabajos fue matar a la Hidra de Lerna, serpiente de muchas cabezas, que Hércules logró cortar con una cimitarra; pero como de cada una de ellas nacía otra nueva, le pidió a su sobrino Yolao que incendiara un bosque vecino, de donde tomó tizones encendidos para quemar las heridas y evitar así que renacieran las cabezas. Luego empapó sus flechas en la sangre venenosa de la Hidra.

La caza del monstruoso jabalí de Erimanto, la de la velocísima cierva de Cerinia, la muerte de las aves del lago Estinfalo, la limpieza de los establos del rey Augias, la captura del toro de Creta o la de las yeguas carnívoras de Diomedes, son algunos de los doce trabajos que le mandó Juno. Pero, además, en su camino de vuelta del jardín de las Hésperides, atravesó con una flecha al águila que le roía el hígado a Prometeo y lo liberó.

Tuvo que servir como esclavo a la reina Ónfale de Lidia, y por eso se ha ilustrado el poder del amor con la imagen del héroe vestido con las ropas de la reina aprendiendo a hilar a sus pies, mientras ella lleva la piel del león nemeo.



Se casó con la hermosa Deyanira, la hija del rey de Calidón, a la que también pretendía el dios río Aqueloo. Hércules lo venció en forma de toro rompiéndole uno de sus cuernos. Las Náyades lo rellenaron de frutas y flores, y se convirtió en el Cuerno de la Abundancia.



Hércules volvía a su patria con su esposa Deyanira cuando se encontró con el caudaloso río Eveno. El centauro Neso, que vivía allí, se ofreció a pasar a Deyanira a la otra orilla mientras Hércules cruzaba el río a nado, pero el traidor intentó luego violarla, y el semidiós atravesó su lomo con una de sus flechas envenenadas. «No moriré sin venganza», se dijo el centauro, y regaló a la joven una túnica empapada en su sangre diciéndole que le devolvería el amor de su esposo si él la abandonaba.

Pasó el tiempo, y Hércules siguió realizando grandes hazañas hasta que a Deyanira le llegaron rumores de que se había enamorado de la hermosa Íole. Le envió entonces a su esposo la túnica con sangre envenenada de Neso, que él se puso sobre los hombros mientras hacía un sacrificio a Júpiter. Al calentarse, el veneno se extendió por todo el cuerpo. Aullando de dolor, intentó arrancarse la túnica, pero al hacerlo se arrancó también trozos de su carne. Júpiter hizo que se quemara la parte mortal que heredó de su madre y que perviviera la suya. Como una serpiente renovada, Hércules salió inmortal del fuego. Su padre lo arrebató envuelto en nubes, en un carro de cuatro caballos, y lo colocó entre los astros: es la constelación de Hércules.





GLOSARIO

Apolo: el dios Sol, hijo de Latona y de Júpiter, hermano gemelo de **Diana** o Artemisa, la Luna; los dos son dioses flechadores. Se le llama también Febo, Helios y Titán. Apolo es el dios de la música y de la poesía —preside a las nueve Musas—, de la medicina y del vaticinio. Su oráculo de Delfos, en la ladera del monte Parnaso, fue el más famoso entre los griegos. Su hermana **Diana** reina en selvas y bosques y tiene un cortejo de ninfas, cazadoras y desamoradas como ella, aunque la diosa llegó a enamorarse del bello pastor Endimión.

Crono o Cronos: es **Saturno** entre los latinos. Fue uno de los Titanes, el más joven de los hijos de **Urano** —el Cielo— y de **Gea** —la Tierra—. Esposo de **Ops** o **Rea**, reinó en el cielo tras vencer a su padre, al que le cortó los órganos sexuales con una hoz que le había dado su madre y los arrojó al mar. Devoraba a sus hijos al nacer porque el oráculo le había anunciado que uno de ellos le destronaría, como así fue. Rea envolvió en pañales una piedra y se la dio en vez de su último hijo, Júpiter, que fue quien lo vencería y presidiría la generación de los doce dioses olímpicos, cuya morada era el Olimpo.

Plutón o Hades: es el dios del reino de las sombras, hijo de Saturno o Crono y de Rea. Su nombre significa «el Invisible», y no se le mencionaba porque se temía enfurecerle; de ahí que se le llamase **Plutón**, «el Rico», y Hades pasara a designar el lugar sobre el que reinaba, el inframundo. Plutón raptó a **Proserpina**, su hermosa sobrina, hija de Júpiter y **Ceres**, la diosa de la tierra cultivada, y la convirtió en su esposa y en la reina del Hades. Para entrar en el inframundo, había que atravesar el **Aqueronte**, y solo podía hacerlo la barca de **Caronte**, en la que el viejo barquero llevaba a las almas al Hades si le pagaban un óbolo, moneda de plata. Guardaba la entrada del Hades el can **Cerbero**, un perro monstruoso con tres cabezas y una serpiente como cola.

Júpiter: dios de dioses, su nombre en la mitología griega es Zeus. Venció a su padre Saturno y a los Titanes, e inició el mandato de los dioses olímpicos. Se casó con su hermana **Juno** (Hera para los griegos), diosa protectora del matrimonio, y celosísima, aunque tenía motivos para serlo por las numerosas aventuras que tuvo su esposo con bellas mortales. Júpiter se repartió con sus dos hermanos **Neptuno** y **Plutón** los dominios del universo porque ellos le habían ayudado a vencer a los Titanes. Reinaba en el cielo y la tierra; Neptuno (Poseidón en la mitología griega) lo hizo en el mar, y Plutón, en el inframundo.

Mercurio: hijo de Júpiter y de Maya, una de las siete Pléyades, es el dios del comercio y de los ladrones, mensajero e intérprete de la voluntad de los dioses, en especial de su padre, Júpiter. Mercurio también acompañaba a las almas al Hades, oficio por el que se le llamó Psicopompo. Su nombre en la mitología griega es Hermes. Va calzado con sandalias aladas que le permiten volar velozmente, se cubre la cabeza con un sombrero de ala ancha (el pétaso) y empuña el caduceo, una vara con dos serpientes enroscadas y coronada por dos alas, símbolo de su papel de heraldo de los dioses y que hoy lo es del comercio.

Minerva: diosa de la sabiduría, nació completamente armada de la cabeza de Júpiter. Era Palas Atenea, protectora de Atenas, en la mitología griega. Su animal era el mochuelo (a veces se le llama lechuza), y su árbol, el olivo. La vemos protegiendo a Odiseo o Ulises, el inteligente e ingenioso rey de Ítaca en la *Odisea*, o a Perseo, héroe que le regaló la cabeza de la gorgona Medusa porque la había cortado gracias a su ayuda; la diosa puso la cabeza de mirada petrificante en su escudo, la égida.

Venus: diosa de la hermosura, es Afrodita entre los griegos. Nació de la espuma del mar, fructificada por los genitales cortados de Urano. Fue esposa de **Vulcano** (Hefesto para los griegos), el dios del fuego y de la metalurgia. Este fue un hijo poco agraciado y cojo de Júpiter y Juno, y el dios de dioses le dio tan bella mujer en agradecimiento del rayo que le había forjado en la fragua con sus ayudantes los **cíclopes**. Con él pudo vencer a los **gigantes**, que pretendían arrebatarle el cetro del Olimpo. El más famoso amante de Venus fue **Marte** (Ares en la mitología griega), el dios de la guerra. Ambos fueron los padres de **Cupido**, dios del amor, niño flechador de certera puntería.

La fuente utilizada para *El gran libro de la mitología* ha sido esencialmente la obra *Metamorfosis* del poeta latino Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), y, en alguna ocasión, *Teogonía* y *Trabajos y días*, ambas del poeta griego Hesíodo (siglo VII a.C.).

¿Te imaginas una diosa que nace cuando cae sangre de su padre sobre el mar? ¿Y un mundo en el que la prisión está en el centro de la tierra?



El universo de la mitología griega está repleto de leyendas que jamás hubieras imaginado. Los dioses dominan el cielo y la tierra, incluso el inframundo, donde vagan los muertos. Son dueños del destino de los humanos y a veces juegan con nosotros, pero los mueven las mismas pasiones.

Rosa Navarro selecciona los mitos imprescindibles

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Rosa Navarro Durán

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Julio Fuentes, por las ilustraciones

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Ilustración de portada: Julio Fuentes

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17922-61-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El gran libro de la mitología

Los mitos

Apolo y Dafne

Ganimedes

Acteón

Ave fénix

Narciso y Eco

Pandora

El rapto de Europa

Tántalo

Midas

Pigmalión

Sísifo

El juicio de Paris

Teseo y Ariadna

Dédalo y el Laberinto

Ícaro

Prometeo

Polifemo, Galatea y Acis

El diluvio

Faetón

Píramo y Tisbe

Orfeo y Eurídice

Tiresias

Perseo y Andrómeda

El rapto de Proserpina

Filomela, Progne y Tereo

Medea y Jasón

Hércules

Glosario

Sobre este libro

Créditos